

Tania G. Rogel x Eduardo F. Fuentes

La LLAMADA



La llamada

Tania G. Rogel

Eduardo F. Fuentes

La llamada

Tania G. Rogel y Eduardo F. Fuentes

1° Edición

La Rioja, Argentina

Julio de 2024

ISBN 978-631-00-4614-3

*“No teman por la Tierra, con sus
más de 4 mil millones de años
superará al hombre como lo
ha hecho con las glaciaciones,
cataclismos, meteoritos y otra
infinitud de embates naturales.
Tampoco por las otras especies,
unas dan paso a otras en los in-
finitos caminos de la evolución.
Más bien teman por la especie
humana, que tiene los años conta-
dos a causa de su autodestructiva
estupidez”*

Ana María Combina (Nani)

Dedicatoria

A toda mi familia, especialmente a mis hijos Ana, Sofía y Joaquín

A mis hermanos de la vida

A la vida misma que tanto me enseña día a día



Tania G. Rogel

A mis hijos Paula, Manuel y Mateo

A Silvia que es la única que me conoce.

A mi viejo que se fue y no le pude contar este proyecto.

A mi vieja a la que se lo voy a contar



Eduardo F. Fuentes

Prólogo

“La llamada” es un cuento que nos invita a reflexionar acerca de qué estamos haciendo nosotros, los seres humanos, con nuestro único hogar, la Tierra. Es, justamente, una llamada de atención para que comprendamos que todo lo que le hacemos al ambiente, nos lo hacemos a nosotros mismos, poniendo en riesgo nuestra propia supervivencia y la de la vida tal como la conocemos.

El relato nos lleva a reflexionar acerca de nuestro modelo de “desarrollo”, sobre nuestros sistemas sociales (político, económico, administrativo) y también sobre nuestra lista de prioridades, que debería arrancar por cuidar la vida. Esto, inexorablemente, conlleva la necesidad de vivir en un planeta sano.

El 80 % de las riquezas subterráneas del planeta son aprovechadas tan solo por el 20 % de la población mundial; la mitad de la riqueza está concentrada obscenamente en el 2 % de los más ricos; la mitad más pobre de la población del planeta tiene apenas el 1 % de los bienes mundiales; la mitad de las personas bajo la línea de pobreza vive en países ricos en “recursos” naturales; una de cada cuatro personas vive como hace 6.000 años; no menos de mil millones de personas padecen hambre; y en los últimos 70 años modificamos el planeta más rápido que en todo el tiempo anterior de nuestra existencia.

Actualmente, vivimos en el planeta unos siete mil setecientos millones de personas y, por semana, más de un millón pasa a vivir en las ciudades. Para el año 2050, seremos nueve mil setecientos millones, concentradas casi totalmente en ciudades. Si no hacemos un

cambio rápido como humanidad, nuestros problemas solo se agravarán.

Por el calentamiento global, los hielos “eternos” están dejando de serlo. Los glaciares se derriten o retroceden. En pastizales, estepas, sabanas y bosques hay más incendios; de hecho, ya son noticia habitual, cada año, en distintas regiones de nuestro país. También aumentan las lluvias y el impacto de las inundaciones. Se calcula que antes del 2050 habrá doscientos millones de refugiados climáticos.

No menos de 50 países enfrentan problemas por la escasez de agua dulce. Unas mil millones de personas no tienen acceso al agua potable. Quinientos millones viven en zonas desérticas, que utilizan aguas fósiles de 25.000 años que no se recuperan y se agotan. En 50 años, en la India se abrieron veintiún millones de pozos, pero un tercio de ellos ya están secos. En 2025, dos mil millones de personas van a resultar severamente afectadas por la falta de agua.

Unas trece millones de hectáreas de bosque desaparecen cada año y se estima que, en total, hemos perdido más de tres mil millones de hectáreas. Las tres cuartas partes de la biodiversidad total del planeta está en las selvas que se van perdiendo. La deforestación y los cambios en el uso de la tierra generan al año aproximadamente un 20 % de las emisiones de CO₂, que anteriormente retenían los bosques.

El 40 % de las tierras cultivables están degradadas. La desertificación amenaza a la cuarta parte del planeta, afectando directamente a más de doscientos millones de personas y poniendo en peligro los medios de vida de más de mil millones de habitantes de más de 100 países, al reducir la productividad de las tierras destinadas a la agricultura y la ganadería.

Hay, al menos, 31.000 especies amenazadas en el mundo. Desde 1970, las poblaciones de más de 1.600 especies de vertebrados en todas las regiones del mundo se han reducido en más de un tercio.

Unas treinta de las llamadas “nuevas enfermedades” han surgido en los últimos años, y algunas antiguas, que habían estado bajo control, están resurgiendo.

La Tierra no puede soportar este ritmo desenfrenado. Se estima que la demanda de la humanidad sobre los recursos biológicos del planeta excede ya su capacidad regeneradora en cerca del 30 %. Si la demanda de recursos continúa a este ritmo, para la década de 2030 se necesitarán dos planetas Tierra para mantener el estilo de vida promedio actual. Pero hay una pésima noticia: tenemos solo uno.

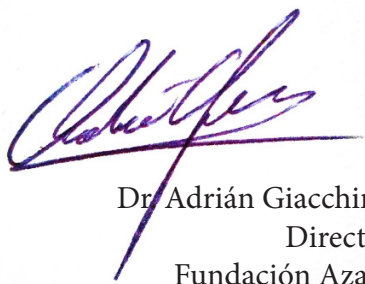
Es claro que hay que repensar la economía global y nuestra forma de vida; sobran las evidencias de que así no podemos continuar. Muchos dirigentes relacionan producir más y más bienes con más trabajo y mayor prosperidad, y esta no es más que una mirada extremadamente cortoplacista. En un planeta de “recursos” limitados, es como pensar que es posible inflar infinitamente un globo. Si somos verdaderamente una sociedad racional, necesitamos ir explorando otros modelos de organización socioeconómica, uno más cooperativista y más solidario. Tenemos que bajar el ritmo, revalorizar lo importante, reasignar valores a bienes y servicios. No llegamos siquiera a aprovechar la producción mundial que tenemos en materiales, medicamentos o alimentos y, sin embargo, hay pobreza, falta de acceso a la salud y hambre. El costo que le hacemos pagar al planeta y a nosotros mismos resulta altísimo para la efímera vigencia temporal de muchos de los bienes que producimos.

Será un hecho cada vez más elocuente –y ya está pasando– que

debamos buscar en los basureros los “recursos” que desde nuestros orígenes supimos hallar en la naturaleza. El cuidado del ambiente no es un mero deseo bien intencionado, no es una acción de filantropía –sin desmerecerla–, sino que es una necesidad básica existencial para que la vida siga siendo posible.

Para finalizar, debo decir con honestidad que hacía muchos años que no leía un cuento. Quiero entonces agradecer a Tania G. Rogel y Eduardo F. Fuentes, los autores de “La llamada”, por volver a hacerlo.

Docentes y padres, con sus alumnos y sus hijos, disfruten la lectura de “La llamada” y, fundamentalmente, permítanse reflexionar sobre sus enseñanzas. Después de todo, aún estamos a tiempo de que nuestro planeta no termine como Ampiza, sino como Entropía; de que la batalla por cuidar el ambiente la ganen “las Jacitas”, pese a “los Boneau”; y que Pedro, Paula y la pequeña Sara puedan disfrutar de la vida en el planeta tal como la conocemos hoy. Para comprender, hay leer este cuento...



Dr. Adrián Giacchino
Director
Fundación Azara

Agradecimientos

-Al Señor Intendente Municipio Capital, Armando Molina

-Al Sr. Presidente Instituto Regional de Planificación Control y Servicios Ambientales (IRePCySA), Ing. Cristian Albrecht

-Al Director de la Fundación Azara, Dr. Adrián Giacchino,

- A Paula Paez, quien fue parte de la idea original

-A Tomás Vera Barros, Mariana Papadópolos Díaz, Nani Combina y Ana Córdoba

- A todos los que contribuyeron, de una u otra forma, a que este libro se hiciera realidad

1. Lavando culpas

*“El mayor peligro que nos depara
el futuro es la apatía”*

Jane Goodall

El clima era de mucha tensión. Un murmullo leve circundaba en la sala, acosada por un mal tiempo que no alteraba los diálogos que se sucedían. Las ráfagas de un viento blanco plomizo sumaban inhospitalidad, como una presión o alerta de lo que podría ocurrir. El fallo iría para uno u otro lado. Era el gran día, el Ambiente se sentaría en el banquillo. Las noticias hablaban de un solo tema: **el gran juicio.**

El acusado fue retirado de su celda para ser llevado al recinto. La jueza, ya en tribunales, esperaba ansiosa el inicio. La atmósfera tensa se trasladaba por todo el lugar. La magistrada, aunque había sorteado el cerco de periodistas que la esperaba y cuyo murmullo se escucha desde su despacho, aún sentía la ansiedad por dar inicio a este evento que sería histórico y la catapultaría a lo más alto de su profesión... o le traería consecuencias impensadas en el futuro.

Llegó el momento y su secretaria interrumpió sus pensamientos anunciándose con un golpeteo en la vieja puerta de madera que aislaba su despacho del tercer piso.

—Su señoría, está todo listo para comenzar.

—Muchas gracias, Lucía, en un momento bajo.

La Llamada

En la sala, acusadores y defensores se disponían a la llegada de la jueza. El fiscal y la defensa acumulaban cientos de documentos sobre sus escritorios...

De pronto, un golpe seco llamó la atención de todos. El viento, afuera, pareció sorprendido también.

—¡De pie! —ordenó el viejo empleado del juzgado que oficiaba de administrativo y de redactor, quien luego plasmaría todo lo que sucediera en el gran juicio que la humanidad le había iniciado a Ambiente. El hombrecito, vestido de traje y corbata, algo calvo y de gesto ceñudo, se dirigió a los presentes:

—¡Pueden tomar asiento! —los miró e invitó, a modo de orden.

Sin embargo, los murmullos no paraban. Dos fuertes golpes volvieron a enmudecer al auditorio.

—Silencio —dijo la jueza—, advierto a las partes que si no se comportan me veré obligada a sacarles de la sala. Por favor, demos comienzo.

El empleado comenzó la lectura. En la ciudad de La Rioja, Argentina, a 13 días del mes de marzo del año 2030 se inició el juicio oral y público contra Ambiente. La magistrada, tomando la palabra, consultó: —¿El fiscal, Dr. Norberto Borneau, se encuentra presente?

—Sí, su señoría —respondió el Dr. Borneau.

—¿Se encuentra presente la abogada defensora, Dra. Jacinta Juárez?

—Sí, señora jueza —señaló la Dra. Juárez, levantando levemente su mano.

—¡Muy bien! —dijo la jueza y, tomando el expediente en

sus manos, añadió—: Damos comienzo al juicio del caso caratulado: **Tentativa de exterminio de la especie humana**, en el cual se acusa al Ambiente por el intento de devastar la humanidad a través de la crisis ambiental. Es el juicio número 2512 que lleva adelante este juzgado. Fiscalía puede comenzar con su apertura.

—¡Muchas gracias, su señoría! —saludó el fiscal y continuó—. Este sujeto que se encuentra aquí, llamado Medioambiente o simplemente Ambiente, es un criminal, un desconsiderado, un enajenado, un sujeto al cual hay que...

—¡Perdón, perdón! Señor fiscal, ¡¿qué dice?! —intervino el Ambiente desconcertado.

—Señor, ubíquese, por favor, no es su turno. Continúe fiscal —ordenó la jueza.

—Prosigo —anunció el Fiscal—. Como estaba diciendo, este señor enajenado...

—¡Discúlpenme! —protestó el Ambiente pacíficamente—. Dígame entrometido, envolvente, pero nunca enajenado. ¡Soy todo lo que los rodea, soy su entorno! —indicó asombrado por la ignorancia del fiscal.

—¡Bueno! —dijo el fiscal aprobando lo solicitado, asintiendo con un movimiento de cabeza despectivo y sobrante—. Este sujeto entrometido, envolvente, como quiere que lo describa, es el responsable de la gran crisis que estamos viviendo como sociedad, y ¡debe pagar por eso! —sentenció Borneau.

—¿Culpable yo? —dijo el Ambiente confundido.

—¡Ha lugar! —dispuso la jueza con un golpe de martillo.

Borneau continuó con su apertura durante una media hora

más. Todo el tiempo sus palabras atacaban al Ambiente con hechos falsos e irrisorios que lo provocaban.

En ese instante Jacinta se acercó y, hablándole bajito, dijo: —Comprendo perfectamente todo lo que sentís, pero debemos guardar el orden y esperar nuestro momento. No intervengas más, a menos que la jueza te lo solicite. ¡Por favor!

Ambiente la miró sonriente, aceptando su petición. Sabía que todo aquello que le indicara su abogada sería para su bien. Se acomodó en su silla, respiró profundamente y, recobrando la calma, continuó oyendo el último tramo de las acusaciones del fiscal.

—Es todo por ahora, su señoría —culminó Borneau, abandonando el centro de la sala y dirigiéndose a su escritorio.

—Es su turno, defensora. Dra. Juárez, comience con su apertura —determinó la jueza.

—¡Muchas gracias, su Señoría! En primer término, quisiera solicitar el cambio de la carátula del caso. Hablamos de intento de exterminio y de crisis ambiental de forma parcial y sesgada, inculpando directa y arbitrariamente a mi defendido. Debemos entender que cuando nos referimos a ambiente hablamos del medio, de todo lo que nos rodea. Este entorno social, biológico y físico debe entenderse como un todo. En consecuencia, hablar de crisis ambiental tal como lo plantea la carátula, y como fue expuesto aquí por el Sr. fiscal, no solo carece de fundamentos técnicos, sino que implica omitir vulgarmente un componente notable del ambiente: el hombre, sus actividades productivas, económicas y culturales. Por esto, solicito que nos refiramos a Ambiente como un todo, o bien hablemos de crisis **socioambiental** —señaló Jacinta con tono enfático y determinativo,

y continuó—. Es relevante entender que, en este contexto de crisis, es la **humanidad** quien ve comprometida su permanencia sobre la Tierra. Sepan Uds., y a la historia del Planeta me remito, que la Tierra evolucionará con o sin nosotros. Basta con recordar las grandes extinciones ocurridas en el Pérmico y Cretácico o, quizás si nos remitimos más atrás en el tiempo, al Precámbrico, por ejemplo. Durante esta época de la historia de nuestro planeta, aparecieron las cianobacterias, bacterias capaces de fotosintetizar. La presencia de estos microorganismos generó grandes cambios: oxigenaron al principio los mares y luego la atmósfera, hasta formar la capa de Ozono (O_3). Estos cambios químicos en la atmósfera generaron una de las más grandes extinciones masiva, todas aquellas que no podían vivir en presencia de oxígeno libre (O_2) se extinguieron. Sin embargo, este evento, que en principio podría parecer catastrófico para la vida en la Tierra, dio como resultado grandes cambios evolutivos, tanto biológicos como geológicos, que contribuyeron a la diversidad actual de organismos, los que en una importante proporción viven gracias a ese oxígeno libre.

Aquí señores y señoras —prosiguió Jacinta—, el bienestar **humano** es lo que está comprometido y no, como algunos quieren hacer creer, la vida sobre la Tierra. Por eso, señora jueza, es indispensable partir refiriéndonos correctamente a los eventos, implicancias y posibles consecuencias de lo que hoy nos reúne. Muchas gracias.

—Acepto su solicitud, Dra. Juárez. Se da lugar a la solicitud de la defensa y se dicta cuarto intermedio hasta mañana a las 9:00 horas —el golpe de martillo sentenció los dichos de la jueza.

La sala se llenó nuevamente de murmullos y ruidos mientras

La Llamada

todos desalojaban el recinto. Jacinta se retiró del tribunal con la sensación de haber ganado la primera de muchas batallas.

El juicio transcurrió durante un par de meses. Diferentes alegatos, a favor y en contra, hacían del juicio una contienda en búsqueda de la verdad. Aun así, las beligerantes jornadas fortalecían a Jacinta, quien luchaba fervientemente comprometida con la causa.

Llegaban los momentos decisivos. Su vida circundaba entre los pasillos del palacio de justicia, el recinto y su departamento. Ese día, aprovechando un cuarto intermedio que le dejaba libre la tarde, Jacinta decidió regalarse un tiempo de calidad. Por lo que, en lugar de caminar rápidamente hacia su departamento entremedio de la muchedumbre que circulaba por las grandes avenidas de la ciudad, decidió tomar el camino más largo que atravesaba el Parque de la Ciudad.

Un poco de silencio, aire fresco y verdor le haría bien para despejar su mente. Caminaba cerca de la fuente principal, disfrutando de la caminata, cuando el ingreso de un correo en su celular le llamó la atención. Quizás se trataba de nuevas evidencias, o tal vez tenía que ver con la organización del viaje a Entropía, pensó. Entonces, aprovechando la cercanía de un banco a la sombra de un frondoso árbol, se detuvo. Sacó su celular de la cartera, miró la pantalla de inicio y, al ver que en el asunto aparecía “Juicio”, se dispuso a leerlo.

Jacinta! Es imperioso que nos comuniquemos, no podrás ganar este juicio sin nuestra ayuda. Nuestro futuro y el de toda la humanidad depende de ello.

Pedrito

Repasó varias veces el mensaje, sin poder entender el

trasfondo. Con su ceño fruncido, y moviendo negativamente la cabeza, desestimó el mensaje, cerró el teléfono, lo guardó y se dispuso a seguir su camino. Alcanzó a dar unos pasos, cuando la asaltó un dato en su memoria. Había una referencia que debía constatar. Algo que era tan descabellado como improbable. Abrió nuevamente el mensaje y un frío le recorrió la espalda. La fecha con la que había sido enviado el mensaje correspondía al año 2062. Sonrió y sacudió su cabeza desestimando la posibilidad de recibir un mensaje desde el futuro. Volvió a guardar el celular, se colocó sus auriculares y continuó camino escuchando su música favorita.

Al llegar a su departamento, que por esos tiempos oficiaba de estudio jurídico, preparó su mate y se dispuso a continuar con los preparativos del caso. El sonido del celular la distrajo. En su pantalla aparecía una llamada de un número no identificado, la desestimó y regresó a sus escritos. Ese número continuó llamándola. Finalmente abandonó el intento, dejando un mensaje de voz. Leyó unas cuantas hojas de su escrito y, a modo de descanso mientras se cebaba un mate, decidió escuchar el correo: *Bienvenida al buzón de voz, usted tiene un nuevo mensaje de un número desconocido*, le anunciaba el pregrabado del celular.

A continuación, una voz desconocida, pero de tono muy familiar, le pedía su atención: —¡Abu! Abu Jacinta, por favor, atendeme el teléfono.

Inmediatamente buscó la opción para borrar ese mensaje, pero una nueva llamada de ese extraño e identificado número se lo imposibilitó. Harta de esa tontería, decidió atenderlo y darle fin a esa locura.

La Llamada

—¡Hola, Abu Jacinta!

—¿Quién es usted? ¿Por qué me llama así? ¿Qué quiere? No estoy para bromas, no tengo tiempo para perder... Dígame en verdad quién es o bloquearé el número.

—Abu, soy tu nieto. Me llamo Pedro y vivo en 2062, vos tenés actualmente 67 años —señaló apresuradamente la voz al otro lado del teléfono.

—Por favor, yo no tengo ni siquiera hijos —respondió Jacinta.

—Abu...

—Por favor déjeme de llamar así —solicitó Jacinta.

—Lo siento, pero me es muy difícil. Desde que tengo uso de razón te he llamado así —exclamó y continuó diciendo—, actualmente no tenés hijos, pero en el 2032, luego de 8 años de espera, te darán en adopción una niña de 10 años, quién coincidentemente con tu nombre preferido se llama Emma, mi mamá.

El conocimiento de su espera tras una adopción la desconcertó. Sin embargo, era posible que esos datos los hubiesen obtenido de algún lado. La coincidencia del nombre elegido para su hija era lo más llamativo. Quizás lo habría dejado asentado en alguno de los cientos de formularios que llenó en la agencia estatal de adopción, pensó, y volviendo a la llamada expresó en un tono fuerte que buscaba poner distancia: —Dígame, ¿quién es? ¿Quién lo obliga a mentir de esta manera y con qué fin?

—Abu, no te enojés, creeme que nadie me obliga... Ya sé, haceme una pregunta, ¡la que quieras! Pero, por favor, no me cortes, traigo un mensaje de tu yo del futuro. Ella no te puede hablar, pero está conmigo. Necesita, por el bien de la humanidad, ayudarte con el juicio,

no podés volver a fallar...

—¿Fallar? Ah, sí... ya lo intuía. Usted ha sido enviado por alguien que quiere distraerme con esta absurda historia futurista. Esto es por el juicio ¿Verdad? Ya lo sabía—reclamó Jacinta, sintiendo haber acertado en el motivo y explicando plausiblemente este inconsistente llamado.

—Abu, por favor, sí es por el juicio, pero no es lo que pensás. Haceme una pregunta que solo vos puedas responder. No tengo mucho tiempo, pronto se cortará la llamada—suplicó Pedro desosegándose.

—Esto es absurdo. ¡Solo me hace perder el tiempo!

El comunicador marcaba la finalización de la llamada. Pedro, en un último intento desesperado de convencer a Jacinta antes de perder contacto, dijo: —¡Mi luz, veme en el cielo cada noche, yo estaré allí!

Ni bien Pedro pronunció su última palabra, la comunicación se cortó. Jacinta quedó estupefacta, su mirada perdida en el recuerdo de esa frase y su cuerpo congelado dejaba caer su celular mientras su mano se desplomaba...

2. Despertar de Conciencia

*“Los misioneros siguen
desafiando la conciencia
adormecida de la humanidad”*

Papa Francisco

Jacinta bebió su mate, respiró profundamente procurando reestablecerse. Esa llamada la había perturbado hasta el alma. Decidió meditar, calmar su ánimo y concentrarse nuevamente. Ni bien comenzó la música para su meditación, su teléfono volvió a vibrar. En su pantalla apareció otra vez la llamada de aquel desconocido y extraño número. Miró con enojo, sacudió la cabeza frunciendo el ceño. ¡Ya era suficiente! Tomó el celular y atendió la llamada: —¡Hola! —dijo con tono de hartazgo.

—¡Hola, Abu! ¿Recordaste esa frase?

Jacinta sabía perfectamente que era imposible que alguien ajeno pudiera conocer algo tan íntimo, y preguntó: —¿Cómo supo de esa frase? Solo dos personas la conocemos y una está muerta.

—Tu yo del futuro me la dijo, me contó de esa frase que dijo tu abuelita Sofía justo antes de quedarse dormida para siempre...

Con la voz entrecortada, Jacinta continuó la conversación: —¿Sos Pedro y estás con mi yo del futuro? —preguntó y continuó— ¡Ay, por Dios debo estar volviéndome loca... o tal vez paranoica!

—Abu, ¡escuchame! Sé que esto parece imposible, de locos, pero tenés que creerme. ¡Te lo demostraré! En un instante recibirás

un correo electrónico de tribunales, en ese mensaje, la secretaria de la jueza te comunicará que se posterga el inicio de la sesión de mañana para la semana próxima...

—Ajá—dijo Jacinta dudando de las palabras de Pedro. En ese instante el buzón del correo electrónico emitió el sonido característico del ingreso de mensaje.

—¿Ves? Ahí está. ¡Por favor, ábrilo!

Jacinta miró la pantalla y efectivamente era un mensaje del juzgado. Sin terminar de comprender lo que estaba pasando, abrió el correo. La secretaria de la jueza, Lucía Moschiorno, le comunicaba la suspensión y postergación de la sesión hasta la semana próxima.

—Abu—continuó Pedro—, debes creernos y dejarnos ayudarte. Si no trabajamos juntos perderás el juicio, y la consecuencia para nuestro futuro será terrible. Todos los escenarios desfavorables que hoy plantea la comunidad científica, y que has utilizado en tus alegatos, serán nuestra realidad en la década de 2060.

—¡No tengo tiempo que perder, estoy en las instancias finales!—contestó Jacinta, todavía incrédula, reticente a modificar el curso de sus planes y algo desalentada por lo que acababa de escuchar—¿Perderé el juicio?—se preguntó amargamente.

—Abu, esta noticia debe haber sido como un baldazo de agua fría, pero tenemos esperanzas, creemos que lograrás ganar el juicio solo si visitas Entropía...

—¡Pero si eso está previsto como una de las más importantes evidencias! Todo está planificado para la semana próxima. No veo cómo no sería posible ganar el juicio con algo que es la más crucial de las pruebas a favor de Ambiente.

La Llamada

—Sí, Abu, lo sabemos. Pero debes saber tal y como sucedieron los hechos en nuestro pasado, tu presente. No podrás llegar a Entropía. Alguien te tenderá una treta y la verificación *in situ* no se realizará. Dejame contarte la historia, es ahora o nunca. La postergación del reinicio del juicio nos da el tiempo que necesitamos. Por eso decidimos que este era el momento preciso para tomar contacto con vos, ni antes ni después. Estamos decididos a hacer todo lo necesario, aun sabiendo los riesgos de alterar las líneas de tiempo.

Jacinta sentía que cada explicación que Pedro le daba la alejaba más de la realidad, y esa situación intangible e incontrolable le generaba más dudas que certezas. Tenía un juicio de gran importancia en sus manos que prontamente se definiría y eso sí correspondía a su realidad tangible. Mientras miles de pensamientos daban vueltas por su cabeza, continuó escuchando las palabras de Pedro.

—Las comunicaciones han avanzado mucho en estos últimos decenios, pudiendo establecer contacto con el pasado mediante correos y llamadas. A pesar de que cada contacto con nuestro pasado altera, y no sabemos muy bien cómo, el futuro, hemos decidido asumir los riesgos. Creemos que solo lograremos cambiar nuestro presente si logras ganar el juicio...

—¿Decidido? ¿Quiénes? —preguntó Jacinta, queriendo entender cada vez más cosas.

—Tú y yo, que ahora somos refugiados ambientales, sobrevivientes de la catástrofe global de 2061, y algunos de tus viejos amigos entropianos.

Jacinta guardó silencio en un intento de ordenar las ideas y buscar algo de cordura en toda esta situación que estaba viviendo.

Era tanta y tan extraña la información que recibía que no alcanzaba a comprender y dimensionar lo que oía.

El silencio de Jacinta y el ritmo de su respiración hizo pensar a Pedro que era momento de “bajar los decibeles”. Su pobre abuela estaba impactada. Mejor sería contarle de a poco la historia, quizás así podría llevarle claridad y, finalmente, convencerla de aceptar la ayuda.

—Sé que todo esto puede ser difícil de comprender —dijo Pedro—, pero es importante que confíes y que juntos planeemos nuevas estrategias para ganar el juicio. ¡Debemos estar unidos! ¡Por favor, confía!

Nada se escuchaba al otro lado del teléfono.

—¡Abu, Abu! ¿Estás bien? —preguntó Pedro un tanto preocupado.

—Sí, sí —respondió Jacinta.

—Abu, creo que estaría bueno contarte nuestra historia, ¿estás lista?

Jacinta permaneció vacilante. No estaba segura de querer saber cómo iba a ser su futuro, pero le intrigaba saber el resultado del juicio. La voz tan dulce y cercana de esa personita, que con tanto afán y valía le ofrecía su ayuda, le daba confianza y animaba. Respiró profundamente, detuvo sus dudosos pensamientos y, convencida de que sería lo mejor, manifestó: —¡Sí, adelante, Pedrito! ¡Estoy lista!

Pedro comenzó con su relato:

—Todo comenzó el día de mi doceavo cumpleaños, en 2061.

Otra historia, la de 32 años en el futuro, comenzaba a ser parte de la nueva realidad de Jacinta.

En ese tiempo futuro, Jacinta tenía toda la forma y experiencia

La Llamada

de una joven abuela que, en la isla de su cocina, entre bizcochuelos, chocolates, cremas y confites, estaba preparando la torta de cumpleaños de Pedro. Entre tanto, escuchaba la radio, su compañera de toda la vida: —Hoy tendremos otra vez un día de baja visibilidad —dijo la experimentada meteoróloga y continuó—. Les recomendamos que aborden los helicolectivos desde sus terrazas que, en este día, ascenderán más de lo habitual para evitar la gruesa capa de humo que cubre nuestra ciudad. Desayunen liviano y utilicen los ramales alternativos con menos afluencia de pasajeros por estas horas. Las paradas públicas, ubicadas en plazas terrazas 3, 7 y 13 al costado de la autopista Montparnasse, son la mejor opción. Por último, anunciarles que, debido a la alta concentración de particulado y de ozono en nuestra atmósfera, las autoridades sanitarias solicitan a la comunidad salir provistos de sus mascarillas en estado óptimo para el uso permanente durante la jornada. ¡A recargar bien las baterías!

—Muchas gracias por tu reporte, Marcos. Será hasta mañana —señaló Telma Farias, conductora del programa radial, y prosiguió—: Respecto a esta situación ambiental que estamos padeciendo desde hace un tiempo, tenemos en estudio a la Ing. Azucena Fernández del Instituto de Servicios Ambientales, experta en gases y particulado atmosférico, quien nos dará su perspectiva de lo que viene sucediendo por estos días. Le damos la bienvenida en el estudio. Buenos días, estimada ingeniera.

—¡Buenos días, Telma! Muchas gracias por la invitación, saludos a toda la audiencia que nos escucha en esta complicada mañana.

—Ingeniera, ¿qué tiene para decirnos sobre la situación

ambiental que estamos viviendo, particularmente en estas últimas semanas, donde nos hemos visto obligados al uso continuo y permanente de las mascarillas?

—En estas últimas semanas —explicó Azucena—, nos hemos encontrado con altos niveles atmosféricos de monóxido y dióxido de carbono, además de ozono (O_3), siendo las congestiones vehiculares de Ampiza y los incendios forestales que ocurrieron días atrás en la vecina ciudad de Metré y en el vecino continente Yasseraft, las principales fuentes de emisión y acumulación. Asimismo, hemos podido constatar altas concentraciones de material particulado PM_{10} y $PM_{2.5}$, que afectan a nuestros sistemas respiratorios y provocan alteraciones cardiovasculares, como aumento de la presión arterial y cambios en el ritmo cardiaco, junto a otras sintomatologías. Por esto, es que nuestro sistema de alerta emitió la solicitud del uso obligatorio y permanente de las mascarillas para todo el día de hoy, manteniendo la alerta por un plazo de 72 horas. Además de tener en cuenta que, como todos sabemos, estos materiales reducen la visibilidad, por lo que se recomienda precaución para las personas que deban salir de casa.

Pedro entró corriendo a la cocina, donde de fondo sonaba el noticiero de la radio, y pudo escuchar otra vez el informe diario de polución. Un tanto malhumorado por lo que acaba de escuchar, se dirigió a su abuela: —Abu, ¿viste? ¡Otro día más con esas máscaras horribles! Además, esta tarde oscurecerá temprano otra vez más.

Jacinta, que siempre intentaba ver y hacer ver el vaso medio lleno, le contestó sonriendo: —Mirá el lado positivo, las luces que hoy estrenaremos en tu fiesta se verán mucho mejor. Además, aquí adentro

La Llamada

no van a tener que usar las mascarillas, el purificador atmosférico está encendido desde esta mañana temprano.

—Sí, Abu, como siempre tenés razón —respondió sonriendo y abandonado la queja con la esperanza contagiada por su abuela— ¡Igual —prosiguió, dando brincos alrededor de ella— ya mandé las invitaciones y los pases para que los chicos suban directamente a la helicombi que los traerá derecho a la diversión!

—¡Excelente, esa es la actitud! —contestó Jacinta con una sonrisa que denotaba su satisfacción de haberlo animado.

Pedro se acercó y, bailando junto a su abuela, la besó, aprovechando la ocasión para robarle unos confites.

—¡Pedrito, salí de acá y andá a ordenar tu habitación, no vaya a ser que lleguen los invitados y vean ese nido de hurraca! —dijo simulando el enojo que jamás llegaba con su amado nieto.

Pedro se alejó brincando y confirmando el número de invitados —Abu, son solo treinta y cinco los invitados que vendrán, ¿sabés?

Jacinta, con tono de broma, contestó: —Ah, bien, solo 35, menos mal que iban a ser unos poquitos...

Pedro la miró, sonrió y, poniendo esa carita que sabía derretía a su abuela, consiguió lo que buscaba: su aprobación: —¡Está bien! Suerte que te conozco Pedro Picapiedras —nombre que le asignaba cuando Pedro se mandaba alguna de las suyas—. Ya preparé todo para 50 invitados.

Jacinta hizo un repaso mental de la lista de cumpleaños, chequeando que nada le faltase.

—Creo que está todo, le pediré a Emma que compre las velas antes de venir, al salir de su trabajo —se dijo a sí misma y continuó con

los preparativos—. ¡Uy, el agua! —exclamó preocupada.

En ese día de noviembre de calor extremo, 49 grados pronosticados y con 35 chicos, quizás la cantidad de agua tratada no sería suficiente. Dejó por un momento la torta de lado y se dirigió al equipo absorbente doméstico, ubicado a un costado del tanque de agua de red. Lo colocó al máximo: —Espero no me falles y trabajes —le dijo, esperando le alcanzaran los insumos para su funcionamiento.

Hacía un año de la última compra de todos los elementos para asegurar el agua purificada en los hogares, su insuficiencia en los supermercados dificultaba su accesibilidad. La nostalgia se apoderaba de ella, ya no era como recordaba de su niñez: abrir una canilla y beber directamente el agua potable... En su presente el agua era un recurso escaso, en parte por la contaminación, en parte por las prolongadas sequías.

En Ampiza, la alteración producida por “La niña”, a diferencia de “El niño” u “Oscilación del Sur” (ENOS o ENSO, por sus siglas en inglés, entendida como la interacción entre las capas superficiales del océano Pacífico y la atmósfera Pacífico tropical), producía graves sequías. Esta más intensa que años anteriores, se sinergizaba con el calor agobiante que rápidamente evaporaba las pocas gotas de lluvia que caían, dejando a su paso muy poca de la vegetación que daba vida y amenizaba la ciudad. Ampiza, como la mayoría de las urbes del mundo, era una verdadera isla de calor: su paisaje de edificios plomizos como gigantes de hormigón acumulaban calor contrastando con los cerros que la rodeaban y que se reflejaban en los ventanales más altos.

Lejos de toda esa realidad, Pedro estaba muy feliz por su

La Llamada

cumpleaños. Todos sus amigos habían llegado. La casa estaba llena de charlas, risas y música que se amplificaba por la terraza. El cierre con estructuras de cerámicas y pintura antitérmica aligeraban las altas temperaturas. Todo marchaba de maravillas.

De pronto, se filtró una luz muy potente por los diversos tragaluces polarizados del techo de la terraza. Todos miraron hacia arriba dejando las charlas, el bullicio de la fiesta. Solo la música acompañó el fenómeno. Luego de que esa luz natural empobreció las luces de barras led de la terraza, vibró un sonido estruendoso, un sonido potente que parecía una explosión una mezcla de turbina de avión y misil de largo alcance. Todos enmudecieron. Solo hubo miradas asustadas que se cruzaban entre los invitados a la fiesta, que buscaban aferrarse entre sí, sentir que estaban acompañados ante tanta inmediatez lumínica y sonora que les proponía la naturaleza.

3. Hasta el cuello y más

“Lo más notable de esto es que todos los afectados, el conjunto de la sociedad, consideran y tratan a la crisis como algo fuera de la esfera de la voluntad y el control humano, un golpe fuerte propinado por un poder invisible y mayor, una prueba enviada desde el cielo, parecida a una gran tormenta eléctrica, un terremoto, una inundación”

Rosa Luxemburgo

La lluvia había llegado, “El niño” se hacía sentir... Tal como había sido pronosticado, el cambio de las corrientes oceánicas que producirían la alternancia impredecible y errática de “La niña” a “El niño” serían de intensidades nunca antes vividas. El cambio climático, fenómeno definido como los cambios en el clima producto de la alteración de la atmósfera por la acción directa o indirecta de la actividad humana, y que desde 1992 se pensaba como una de las mayores amenazas a las cual debería enfrentarse la sociedad, hoy era realidad.

La atmósfera había acumulado cambios desde la Revolución industrial, y la variación de su composición, por aumentos de los GEI o gases efecto invernadero, principalmente CO₂, había alterado

La Llamada

el efecto invernadero natural de la Tierra, llevándolo a atrapar cada vez más calor hacia la superficie terrestre. Esto, sin lugar a dudas, había producido el aumento de las temperaturas en todo el planeta. Más aún de lo que se esperaría por transitar un período interglaciar, donde naturalmente siempre hubo aumentos de la temperatura en otros momentos de la historia planetaria.

Consecuentemente, los impactos de las precipitaciones, las numerosas afecciones a la salud, la falta de seguridad alimentaria y del suministro de recursos esenciales, hacían de la vida sobre la tierra algo más hostil que siglos pasados.

En la ciudad de Ampiza, y otras aledañas, las gotas parecían más bien baldazos de agua. Esta lluvia torrencial había sorprendido a los vecinos de Ampiza, pues los nubarrones se habían escondido tras el humo característico de esos días en la ciudad. Afuera, la gente empezó a apresurar el paso. Nadie, ni siquiera los comerciantes, disponía de pilotos ni paraguas. Todos habían dejado de usarlos dado que sus vidas se desarrollaban entre el smog y tormentas de tierra. Ya no creían en las nubes o en el cielo gris presagiando agua.

El caos se apoderaba de la ciudad y sus habitantes. Debido a la situación meteorológica, la circulación de las helicobis se había suspendido. Como paisaje sonoro, solo se escuchaba gente empaçada corriendo por las veredas y las calles, bocinas de autos congestionados, y algunos ciclistas que atemorizados huían de la ciudad, subiendo a las veredas y esquivando a la gente. Tanto ruido impedía escuchar la bocina de alerta de los velocípedos, quienes intentaban advertir a los desprevenidos transeúntes, obligando a sus conductores a gritar: ¡Cuidado! ¡Permiso, permiso! El agua descontrolada empezó a

aumentar su caudal. La basura atascaba las bocas de tormentas, las veredas y calles se convertían en ríos mientras los rayos y truenos espectaculares decoraban todo el caos ciudadano.

A contrapunto del día tormentoso y de las consecuencias inesperadas, en la fiesta de Pedro el susto había pasado. Los rayos y truenos, al principio repentinos, ahora mantenían una cadencia rítmica que los hacía imperceptibles a los oídos y vista de los invitados. ¡Es el momento de jugar! —indicó Anita, señalando las máquinas de tejo y metegol.

La copiosa lluvia empezó a inundar los sectores más bajos de la ciudad: la escasa vegetación de las áreas más altas provocaba avalanchas hacia las zonas más deprimidas de la ciudad. Esta vez el agua rebalsaba la necesidad de muchas especies sobrevivientes de Ampiza, esas que hasta no muchos años atrás ofrecían un paisaje verde y esperanzador. Un paisaje que reunía una biodiversidad sin igual, donde todas las formas de vida y en todos sus niveles de organización interactuaban como un todo, proveyendo bienes y servicios a la comunidad que sustentaban en perfecto y dinámico equilibrio.

Este sistema garantizaba a las personas su bienestar: la biota presente aseguraba no solo la disponibilidad de materia prima, medicamentos naturales, alimentación, sitios de esparcimiento y recreación, sino que también aseguraba el acceso al agua, la retención de los suelos, una atmósfera respirable y muchos servicios más. Con el tiempo, la interacción del clima y el mal manejo de los recursos naturales la fue degradando y así fue perdiendo su capacidad de dar bienestar al hombre, paradójicamente por la misma actitud y acción del hombre hacia él.

La Llamada

Luego de servir los snack y sándwiches, Jacinta, que se dirigió a la parte inferior de la casa en búsqueda de más refrigerios, fue repentinamente alcanzada por una corriente de agua que la dejó con tres cuartas partes de su cuerpo sumergidas. El living, biblioteca y cocina se habían convertido en una pileta en la que flotaban sillas, cuadros, libros, adornos y vajilla, incluso aparecían flotando algunos insectos que no lograron escapar antes de la riada. Jacinta, en busca de ayuda, gritó angustiada y desgarradoramente: ¡Pedritooo, Pedritoooo!

Sin embargo, el bullicio de la fiesta, debido a la alegría característica de los preadolescentes, inmersos en su mundo de los primeros amores, juegos sin sentido y la sensación de que han dejado su niñez atrás, no permitía ni siquiera imaginar lo que sucedía bajo sus pies.

Jacinta, ya casi sin fuerzas ante la correntada que explotó ventanas y puertas, seguía tomada de la baranda de la escalera intentando estirar al máximo su cuello y así evitar que el agua le tapara. Ya no podía gritar, y esperó un milagro...

4. Trompetas

“El primer ángel toco la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclado con sangre, que fueron arrojados sobre la tierra...”

Apocalipsis

Las sirenas sonaban ensordecedoras alertando y enmarcando la emergencia climática declarada por las autoridades de la ciudad. La orden era clara y precisa: el estado del tiempo empeoraría, había que evacuar la población y trasladarla a un sitio seguro. La policía y los bomberos se trasladaban ante el frágil tránsito aéreo, mientras los helicópteros se bandeaban por las fuertes ráfagas de viento y la gran lluvia, que se tornaba cada vez más violenta. A pesar de las condiciones meteorológicas, los rescatistas iban recogiendo en las aeronaves a cientos de personas, las que flotaban sobre cualquier objeto que les servía de flotador en ese mar de agua dulce y las que se encontraban en las terrazas.

El corte repentino de la luz interrumpió abruptamente la fiesta de Pedro, quedando casi todo a oscuras. En medio del ensordecedor escenario de sirenas, solo los fuertes rayos iluminaban el lugar desde los tragaluces del techo. El apagón paradójicamente desnudó con claridad la grave situación en la que Pedro y sus amigos no habían reparado.

El resto de la ciudad estaba viviendo afuera escenas

La Llamada

apocalípticas. Todo era una catástrofe, todo era horror, el miedo se apoderaba de todos, en un día que se asemejaba a una anticipada noche. En ese preciso momento, un frío helado recorrió a Pedro... su abuela no estaba. “Mi abuela” —dijo Pedro, recorriendo desesperadamente con su vista toda la terraza y corriendo hacia la escalera para buscarla por el resto de la casa.

¡Abuuu, Abuuuu!—gritaba, llamándola sin cesar... tenía la rara sensación de que algo malo había sucedido. Con un nudo en la garganta continuó buscándola sin poder hablar. En los pocos metros que separaban el acceso para ir a la planta baja, volvieron a Pedro esos recuerdos fantasmagóricos que algunas noches le quitaban el sueño. El miedo lo estaba invadiendo, el mismo miedo que sintió en aquel accidente. Como en una película que rodaba en su cabeza recordó a su mamá gritándole a su papá que tuviera cuidado, mientras su papá hacía lo que estaba a su alcance para detener el auto, intentado fallidamente no chocar contra aquellos caballos, ciervos y demás animales que corrían huyendo de las llamas que consumían el campo.

Segundos después, se encontraban con su vida pasándose frente a sus ojos. Toda su humanidad giraba locamente en la cabina del automóvil, a la vez que el vehículo daba vueltas y vueltas sin parecer detenerse jamás. Explosión de vidrios, y todos los objetos que les acompañaban volaban sin gravedad por el aire. Luego el silencio que le daba paso a la sirena de la ambulancia. A lo lejos, el sonido del trote de los animales y el olor a humo que impregnaba el lugar enmarcaban el momento en el que los paramédicos lo subían al vehículo para trasladarlo a urgencias del hospital regional de Ampiza.

En la sala del nosocomio pudo escuchar la radio que reportaba

el accidente. La cadena de noticias de Ampiza se hacía eco del terrible accidente: “Nos encontramos en el lugar”, dice la movilera del canal 131, *Noticias al instante*, “esta madrugada un matrimonio y su hijo de 9 años, que se dirigían de Metdy a Ampiza, sufrieron un accidente. Fuentes del hospital nos informan que todos sufrieron lesiones, pero actualmente se encuentran fuera de peligro, incluyendo a la bebé que viene en camino. Desde la ruta 45, informa para Uds. Matilda Fuentes”.

—Gracias, Matilda, estaremos atentos a las novedades —expresó la conductora de *Noticias al instante*.

—En estos últimos tiempos, en las rutas por la que transitan vehículos tradicionales, como es el caso de la ruta 45, se han notificado múltiples accidentes, todos los cuales tienen un factor común: los incendios forestales. Por eso tenemos en el piso al magíster Gabriel Ezchel de la Universidad Nacional de Metdy, especialista en incendios forestales.

—¡Buenos días, magíster, bienvenido!

—Buen día, Telma, un gusto.

—Cuéntenos, Gabriel, qué está pasando con nuestros paisajes y los incendios forestales.

—Creo que un punto de partida interesante es adentrarnos en la historia, al menos en los últimos 40 años. Desde los años 2018 y 2019, cuando gran parte de las masas boscosas del mundo sufrieron grandes pérdidas, los incendios forestales han ido en constante aumento y se han convertido en una realidad permanente, a tal punto de ser una problemática ambiental que afecta a toda la humanidad.

—Recuerdo haber visto imágenes del planeta en llamas, casi literalmente. En muchos sitios en simultáneo se podían observar

La Llamada

cortinas de fuego... recuerdo el Amazonas, Australia, imágenes muy tristes, por cierto —dijo la conductora rememorando sus años de adolescencia, y continuó indagando— ¿Cuándo dice que afecta a toda la humanidad, a qué se refiere exactamente?, porque no en todos los lugares del planeta ocurren incendios.

—¡Eso es verdad! —expresó el magíster—. Si bien los incendios forestales ocurren en un lugar determinado, debemos tener en cuenta que las partículas y gases emitidos son fácilmente trasportables por los vientos, incluso a niveles intercontinentales, de allí mi sentencia de que es un problema global que envuelve a toda la humanidad.

—Perfecto, Gabriel, ahora sí nos queda más claro la escala de impacto. Ahora bien, ¿cómo nos afectan estos incendios? Además de generar accidentes como el que lamentablemente ocurrió esta madrugada.

—Podemos situarnos principalmente desde dos lugares. Por un lado, y en términos netamente sanitarios, generan accidentes debido a que el humo reduce la visibilidad, lo que a su vez aumenta el riesgo de sufrir accidentes de tránsito, como la pérdida de las líneas de determinación del camino, desbarrancos o choques, ya sea con postes, carteles, y también accidentes que se dan por evitar el atropellamiento o choque con animales de la fauna silvestre o domésticos que huyen de las llamas. Estos son los más conocidos por todos, quizás porque los vivimos casi a diario. Sin embargo, hay que tener en consideración otros efectos menos visibles que nos afectan negativamente. Durante los incendios forestales se emite material particulado y de gases de alta toxicidad, que genera graves inconvenientes a la salud pública. Este

material y gases no solo afectan a las poblaciones circundantes, sino también a muchas otras localidades, ciudades o poblados distantes, tal como lo mencionaba anteriormente. Por otro lado, desde un punto de vista de las problemáticas globales, podemos decir que la combustión que se genera libera todo el CO₂ secuestrado en el ecosistema, ya sea a nivel de plantas, animales y microorganismos, este gas vuelve a la atmósfera a una velocidad que supera ampliamente aquella por la cual se incorporó a la materia viva a través de la fotosíntesis, aumentando, en definitiva, los niveles de Gases efecto invernadero o GEI, como solemos llamarlos —explicó el magíster.

En todo este detalle no debemos dejar de mencionar la alteración de la biodiversidad, —continuó apasionadamente desarrollando la idea Gabriel—. Sabemos que en la segunda mitad del siglo pasado la tasa de pérdida de especies, genes y ecosistema ha sido inigualable en comparación con otros tiempos de la historia del hombre sobre la Tierra. Los incendios forestales, junto con otras causas directas (como la caza, la persecución, el uso de especies silvestres como mascotas o con fines ornamentales, entre otras) o indirectas (como la sobrepoblación, el desigual acceso a los recursos y la apropiación) han contribuido notablemente con los niveles de pérdida de diversidad biológica a nivel global, desapareciendo así los bienes y servicios que ella nos provee como especie sobre la Tierra. Como consecuencia, nuestro bienestar se ve comprometido —finalizó Ezchel.

—Como nuestra salud, ciertamente —expresó Telma, gustosa de comprender los alcances de las palabras de Gabriel—. Le haré una última pregunta. Si Ud. fuera tan amable, ¿quisiera aclararnos algunas cuestiones de lo que nos acaba de comentar?

La Llamada

—Sí, Telma, por supuesto. Déjeme decirle que estos son espacios propicios para comunicar a la gente lo que la comunidad científica viene advirtiendo hace muchos años acerca de los cambios globales —manifestó Gabriel, aceptando así una nueva pregunta de la conductora de Noticias al instante.

—Por un lado, la idea de sobrepoblación que enumeró como causas indirectas de la pérdida de diversidad biológica. Sabemos que hay muchos lugares de la Tierra sin personas o con muy baja densidad —aseveró Telma—, entonces, ¿por qué habla de sobrepoblación? Y, por el otro, ¿usted nos plantea beneficios que la naturaleza nos asegura para nuestro bienestar?

—Bien, Telma, empezaré por aclarar el término de sobrepoblación. En muchas ocasiones, cuando se hace referencia a este concepto, aparece la imagen de superpoblaciones que no “entran en el planeta” —remarcó Gabriel—, y esto es una concepción errónea. No se trata de número de personas o densidad poblacional aisladamente, sino que se relaciona a la capacidad que tiene el Ambiente de sostener a esa población. Esto es proveer alimento, materia prima, una atmósfera limpia, agua, por enumerar algunos, a una determinada cantidad de personas o de especies en términos generales. En este contexto, por su forma de vida, la especie humana (debo decir una de las que tiene menos tiempo sobre nuestro planeta, apenas 250.000 años si consideramos ser *Homo sapiens*, muchos menos si nos declaramos *Homo sapiens sapiens*) ha superado esa capacidad que tiene la Tierra de sustentarnos. En consecuencia, vivimos a diario los efectos de haberla degradado.

En relación a su segunda pregunta —prosiguió Gabriel, inmerso en su discurso—, todo lo que el Ambiente nos provee, es para

nuestro bienestar. Esto comprende la salud, seguridad, materiales para la construcción, buenas relaciones sociales y libertad. Sin el Ambiente, el hombre no podría haber evolucionado como especie.

—¡Muchísimas gracias, profesor! Siempre es un placer escucharlo...

—¡Muchas gracias a ustedes, Telma!

—Nos despedimos del magíster Gabriel Ezchel y vamos al bloque de noticias...

Mientras tanto, Pedro, saliendo de ese entresueño que en ocasiones se da al perdernos en un recuerdo, retomó su descenso por las escaleras y, al colocar su pie sobre el séptimo peldaño, este quedó totalmente sumergido, percatándose que el agua había alcanzado niveles que superaban más de la mitad de la planta baja. Desesperado, aumentó el brillo de la linterna de su celular y miró a su alrededor... Jacinta no estaba allí, como tampoco estaban la mayoría del mobiliario y todo lo que fue una casa hasta hace unas horas: los marcos de las ventanas eran solo huecos, al igual que la doble puerta de entrada que ahora funcionaba como arcadas por donde discurrían miles de hectolitros de agua.

Los bomberos, al divisar las luces de los celulares que los amigos de Pedro habían encendido a modo de bengalas esperando ser rescatados, ingresaron a la casa de Jacinta forzando el techo de la terraza. Mientras la mayoría de los asistentes ya habían subido a las naves de auxilio, el anfitrión seguía parado en el peldaño de la escalera mirando perdidamente hacia la planta baja de la casa. Pedro no quería abandonar el lugar, nadie lo movería de allí hasta tanto no tuviera alguna respuesta o señal de su abuela. Sorpresivamente, dos manos

La Llamada

lo tomaron de los brazos y lo sacaron del lugar llevándolo contra su voluntad, casi en andas, hacia el helicóptero donde estaban sus otros amigos esperándolo para salir del peligroso lugar. La pena de Pedro no tenía sosiego, como no lo tenía el extremo vendaval climático, ni las amargas lágrimas que no paraban de correr por sus mejillas.

Las telecomunicaciones se habían interrumpido con los cortes de luz, por lo que tampoco tenía conocimiento del paradero de sus padres y hermana. Otra vez, como en aquella ambulancia que lo dirigía rumbo al hospital luego del accidente con sus padres, Pedro se sintió solo y atemorizado, con la incertidumbre de no saber si volvería a ver a sus seres queridos. Lloró y lloró amargamente sin consuelo, mientras se alejaba dejando atrás lo que unas horas antes había sido el hogar de su abuela.

Un poco más allá, Pedro, sus amigos y otras personas que no conocía, se convertían en algunos de los miles de refugiados ambientales, abandonando una ciudad prácticamente tapada por el agua.

Pedro, con la mirada perdida, parecía ignorar por completo la realidad. Para él, prácticamente nada tenía sentido en ese momento en el que percibía haberlo perdido todo.

5. Sobrevivientes

*“La utopía está en el horizonte.
Camino dos pasos, ella se aleja
dos pasos y el horizonte se corre
diez pasos más allá. ¿Entonces
para qué sirve la utopía? Para
eso, sirve para caminar”*

Eduardo Galeano

El viaje en la aeronave duró varias horas. Había transcurrido toda la noche y el sol se asomaba por el horizonte, detrás de las nubes que aún cubrían parte del cielo. Pedro y el resto de los refugiados ambientales se hallaban despiertos, aunque en absoluto silencio. Solo se escuchaba el sonido de las turbinas. Pesar, desolación e incertidumbre los abrazaba. Nadie sabía cuál sería su destino, mucho menos su futuro. Ni siquiera sabían si volverían a encontrarse con sus seres amados.

Aquel silencio se interrumpió repentinamente por una voz en altoparlante. Era la comandante anunciando la pronta llegada a destino y el inminente aterrizaje: —Por favor, todos ajusten sus cinturones, en breves minutos llegaremos —indicó. Pasado un breve tiempo, el navío comenzó su descenso en medio de una polvareda que se entremezclaba con los rayos del sol. Las turbinas por fin se silenciaron y acompañaron el mutismo que reinaba en el lugar. El polvo se asentó y se abrieron las puertas de la nave. La comandante se apersonó, informándoles que ya

La Llamada

podían descender y dirigirse al hangar que encontrarían hacia el final del camino situado a la izquierda.

Uno a uno fueron bajando. Pedro y sus amigos se agruparon con el fin de no perderse de vista y asegurarse que no serían separados. En tanto, una y otra nave iba aterrizando. Miles de refugiados, con rostros que expresaban desasosiego, ponían pie en ese misterioso y desconocido lugar. Hacia el final del camino el paisaje no parecía consolador. Lo único que percibían los ojos de esta muchedumbre era arena, médanos, desierto... ¿Este sería su nuevo hogar?

Pedro, envuelto en tribulaciones, siguió caminando en dirección al hangar como una especie de autómatas, de zombis. Aún no podía procesar lo ocurrido. Súbitamente su pensamiento y abstracción cesó al oír a lo lejos una voz conocida que lo llamaba. Volteó, miró de un lado a otro, la tierra en el aire le impedía focalizar con precisión... Quizás podría ser el cansancio que lo hacía alucinar. O tal vez era otro Pedro al que llamaban, pensó desahuciado, continuando su camino. De pronto algo lo golpeó. Unos pequeños y frágiles brazos cruzaban su cintura. Atónito, bajó su mirada, pudiendo reconocer a su pequeña hermana Julia... Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción que significaba tenerla. No pudo más que alzarla y estrecharla entre sus brazos interminablemente... besarla, llorar y volver a perderse en ese abrazo.

Cuando recuperó el aliento y sus ojos volvieron a abrirse, como en el sueño más lindo de su vida, divisó a lo lejos a toda su familia, incluida la abuela Jacinta. Emocionados agitaban sus brazos señalando su ubicación. Sin bajar a su hermana, corrió locamente a su encuentro, con un sollozo de alegría incontenible. Todo quedaba en

segundo plano, lo que pasara o pudiera pasar de aquí en adelante ya no le preocupaba, tenía todo lo importante consigo nuevamente.

Aunque el viento seguía levantando polvareda, el abrazo del reencuentro funcionaba como cápsula. En este lugar las precipitaciones habían caído tan intensa y torrencialmente como en la lejana ciudad de Ampiza. Sin embargo, ninguna evidencia de ello quedaba en este sitio totalmente desertificado. El Ambiente había perdido completamente su capacidad productiva, los suelos duros y encostrados oficiaban de calles asfaltadas por las cuales grandes escorrentías formaban verdaderos ríos, efímeros, fugaces, que surcaban el paisaje solo por un breve período.

—Abu, ¿cómo lograste salir de la inundación? —dijo Pedro.

—Pedrito querido, tus padres llegaron justo a tiempo, es una larga historia que te contaré una vez que nos ubiquemos. Ahora, debemos emprender nuestro camino.

—¿Hacia dónde, Abu? ¡Esto es literalmente un desierto! ¿Dónde podremos vivir y sustentar nuestras vidas sin naturaleza? ¡Esto es arena y más arena, desde donde se vea!

Jacinta con la tranquilidad y paciencia que dan los años, contestó:—Al llegar esta mañana, nos reunimos entre los sobrevivientes más ancianos y deliberamos sobre las posibilidades que teníamos. Y hemos decidido aventurarnos hacia Entropía, una ciudad que resurgió y se ponderó durante la pandemia que vivimos en el 2020.

—¿De dónde la conocés mamá? —Preguntó Emma.

—Desde el Gran Juicio al Ambiente. ¡Esa ciudad, con su nombre tan paradójico, es nuestra única posibilidad!

—¿¿Suegra, usted estuvo en el Gran Juicio?! —preguntó

La Llamada

Néstor mirando con asombro a Pedro, que tampoco podía creer lo que escuchaba. No podía ser que su abuela, que tantas historias le había contado, olvidara justo esa.

—¿En verdad, abuela? —preguntaron los amigos de Pedro, que lo habían acompañado todo este momento.

—Sí, mis queridos. Yo fui parte de ese evento que nos marcaría para siempre —recordó Jacinta, abstrayéndose por un segundo y volviendo rápidamente a la realidad—. Pero, ahora vámonos, no hay tiempo que perder. Les prometo que les contaré esa historia, pero ahora que estamos todos juntos es primordial emprender el viaje hacia Entropía.

Todos los refugiados tomaron las pocas pertenencias que habían logrado salvar de la inundación y regresaron a las aeronaves, siguiendo los planes de los más antiguos. Los motores se encendieron una vez que todos estuvieron a bordo, los restos de combustible no eran demasiados y debían ser estratégicos con el uso de los escasos recursos que disponían. La polvareda volvió a elevarse a medida que las aeronaves ascendían.

Al igual que lo visto desde el suelo, todo era arena, médanos que se extendían hasta el horizonte. Solo se apreciaba una cosa: un paisaje desertificado. En estas áreas, como en muchas otras zonas áridas o tierras secas del mundo, el mal uso de la tierra había agotado los recursos naturales. La pérdida de la cobertura vegetal dejó el suelo descubierto, como consecuencia de ello el agua y los vientos lo erosionaron, produciendo la degradación de todo el sistema. Con el tiempo y la profundización de estos procesos, los ecosistemas llegaron a un estado de degradación social, tecnológica y económica

irreversible: se desertificaron. En esta instancia, dejaron de producir bienes y servicios y, por ende, no pudieron sustentar a ninguna especie más, incluida la humana, quienes terminaron abandonándolas.

El viaje, aunque algo más corto que el anterior, duró varias horas. Parte de ese tiempo sirvió para que Jacinta relatara lo que había sido lo más importante, aunque al mismo tiempo lo más duro de sobreponerse, en su vida: la participación en el Gran Juicio al Ambiente.

—Era una tarde de otoño de 2030, diez años después de la primera gran pandemia del siglo XXI, cuando la humanidad, ante la crisis ambiental que sufría en ese entonces, decidió llevar al banquillo al Ambiente. Yo tuve el honor y la gran responsabilidad de ser su defensora. Desafortunadamente no pude demostrar la inocencia de Ambiente, quizás en parte por no haber podido llegar a Entropía. De allí que la conozco.

—¿Cómo es Entropía? —interrumpió Emma, ansiosa por saber más de esa ciudad que tanta curiosidad le causaba.

—Ella es una pequeña ciudad que abasteció de productos a las ciudades más grandes que la circundaban durante la pandemia. El Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO, por sus iniciales) que habían implementado las autoridades de ese momento, impedían la circulación de camiones, vehículos y todo tipo de transporte, entonces...

—Jacinta continuó relatando las particularidades y momentos del juicio por una buena parte del viaje, pues los acompañantes la interpelaban y la obligaban a retomar la historia después de cada respuesta. La narración era tan rica y de ribetes tan intrigantes que esta vez las turbinas parecían escucharse cada vez menos. La voz de Jacinta

y su historia eran el centro de la atención. El tiempo pasó volando, discurrió, y Entropía estaba ya bajo las aspas de la nave.

—Hemos llegado, ya conocen las instrucciones de descenso, deberemos continuar a pie, es imposible volar por lo que queda de camino —informó la comandante.

El descenso solo fue un impasse en el relato de Jacinta, quien continuaba con la historia camino a Entropía.

—Abu Jacinta, ¿por qué Entropía fue tan especial en la pandemia? —preguntó Ana, una de las amigas de Pedro.

—Esta ciudad, como les decía, abasteció a otras ciudades, ya que sus habitantes, una colonia de productores, habían implementado décadas atrás labores culturales vinculadas a la agroecología —en ese momento, giró la cabeza buscando a alguien—. ¡Juan!, vení, por favor —exclamó Jacinta.

Juan, acelerando el paso y acercándose al grupo que rodeaba a Jacinta, exclamó: —Sí amiga, ¿en qué puedo ayudarte?

—Les presento a Juan, él es un viejo amigo, ingeniero agrónomo, que me acompañó con sus evidencias durante el Gran Juicio —dijo Jacinta, tomando del abrazo a su amigo— Juan, les estaba contando de Entropía y de la agroecología. ¿Podrías explicarles de qué se trata la agroecología?

—Sí, por supuesto, sabés que me apasiona —dijo Juan sonriente—. Muy brevemente, les diré que la agroecología fue definida por la FAO, en 1999, como la disciplina que provee los principios ecológicos básicos para estudiar, diseñar y manejar ecosistemas agropecuarios que sean productivos y conservadores de los recursos naturales, y que también sean culturalmente sensibles, socialmente

justos y económicamente viables.

—¿¡Ah!?!—dijo Joaquín, con cara de no haber entendido una palabra.

—La agroecología es una forma de producir alimentos que es amigable con el Ambiente. Se producen alimentos garantizando la soberanía alimentaria, esto es el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible. Básicamente, este tipo de producción tiene en cuenta lo que el Ambiente tiene para producir, qué es lo que el productor quiere producir y aquello que necesitan los consumidores —dijo Juan, sacudiendo los rulos del niño.

—Claro —expresó Jacinta—. Y, debido a que se produce considerando el funcionamiento y características que tiene el Ambiente, no se requieren suministros externos, como agroquímicos, biocidas. Eso lo diferencia de otros sistemas de producción de alimentos que se hacían bajo el paradigma tradicional que surgió desde la Revolución verde (aproximadamente en 1960). Imagínense que durante el ASPO no había suministros, entonces, la producción en los sistemas altamente dependientes de ellos cayó.

—La decisión de las familias productoras de Entropía salvó la vida de muchas personas en muchos lugares del mundo, contribuyendo así a la seguridad y soberanía alimentaria de la población —comentó Juan, gustoso y orgulloso de ello.

—Además —continuó Jacinta—, sus territorios estaban totalmente ordenados y eso les permitió llevar adelante un desarrollo sostenible recomendado por las Naciones Unidas, pero que pocos practicaban y muchos creían una utopía.

La Llamada

—Lamento interrumpirlos —dijo la comandante—, pero el camino está bloqueado y es imposible seguir.

—Quizás yo pueda ayudar —exclamó una mujer que, al oír el inconveniente, se acercó.

—Discúlpeme —dijo la comandante—. ¿Quién es usted?

—Sí, perdón, mis ganas de ayudar hizo que olvidara presentarme. Mi nombre es Andrea Pérez, soy Doctora antropóloga y científica.

—¡Mucho gusto, Andrea! —dijeron Jacinta y la comandante.

—¿Cómo tu ciencia podría ayudarnos con este atascamiento? —preguntó la comandante, un tanto desorientada y particularmente incrédula ante el problema.

—No podré con el bloqueo del camino, pero sí puedo indicarles un camino alternativo que conduce a Entropía —dijo Andrea, ante la mirada desconcertada de todos, y continuó explicando—. Durante mis estudios analizamos el área y descubrimos un viejo camino oculto, pasadizos, que se remonta al tiempo de los Jesuitas, en los siglos XVII y XVIII.

—¡Perfecto! —dijo la comandante—. Adelante, la seguimos.

Mientras Andrea guiaba al grupo hacia el camino alternativo, Jacinta, cabizbaja y aún perpleja, marchaba pensativa sin emitir sonido.

—Abu, ¿qué pasa? —preguntó Pedro, que conocía muy bien a su abuela y podía leerla.

Jacinta levantó la cabeza, lo miró a los ojos y dijo con dolor y añoranza: —si tan solo hubiese tenido esa información, tal vez habría llegado a Entropía y probablemente, mi querido Pedrito, hubiese ganado el juicio. Este no sería nuestro presente. El futuro no hubiese

sido así.

En la búsqueda de aliviar ese viejo dolor que recientemente había descubierto en su abuela, Pedro estrechó fuertemente a Jacinta con un abrazo de esos que acarician el alma. Al cabo de unos minutos, sin dejar de sostenerla, la tomó por la cintura y la acompañó en silencio por el resto del camino...

6. Entropía y el viaje al pasado

*“La visión crítica del pasado,
actúa sobre el presente y
vislumbra con inteligencia el
futuro”*

José Castilho Marques Neto

Entropía constituía algo que muchos no creían posible hacia principios del siglo XXI. Era la conjunción equilibrada entre los cuidados y el desarrollo económico, social, productivo y tecnológico. Un paraíso y una ciudad avanzada al mismo tiempo. Esto debido a que, desde su fundación en 2003, sus habitantes eligieron vivir y desarrollarse bajo una visión sostenible.

Tres principios regían la vida diaria de sus pobladores: todo emprendimiento, propuesta, y/o actividad debía ser socioambientalmente vivible, socioeconómicamente equitativo y, por último, también debía cumplir con el requisito de ser ambiental y económicamente viable. El respeto y el accionar bajo estos principios de sostenibilidad eran premisas que valoraban y sostenían sus habitantes como al tesoro más preciado, no solo porque los mantenía como sobrevivientes de la gran tragedia ambiental, sino porque los había convertido en una ciudad próspera, con justicia social y calidad ambiental. Allí cada uno de sus habitantes, desde el más pequeño al más anciano, eran partícipes activos del cuidado hacia el planeta y

hacia otras formas de vida. Todos se constituían como constructores del Buen vivir. Su cosmovisión podría asemejarse a la de los pueblos originarios: **todo era sagrado.**

Andrea llevó al grupo exitosamente por los pasadizos jesuitas hasta las puertas de Entropía. Los refugiados, al acercarse, observaron a cada uno de los pobladores en sus tareas. La alegría y el bienestar que se respiraban en esa atmósfera tan peculiar resultaba tan distante de lo que había sido su cotidianeidad... Un silencio abrupto se produjo cuando los entropianos notaron su presencia.

Uno de ellos se adelantó y preguntó con voz firme, pero con la amabilidad que los caracterizaba: —¿Quiénes son, de dónde vienen? —era Humberto, uno de los líderes de la ciudad.

Mientras de trasfondo se escuchaban los murmullos de la curiosa sociedad entropiana, Jacinta, que había convivido entre ellos, se anticipó tomando la palabra: —¡Buenos días! Mi nombre es Jacinta Juárez, estuve aquí...

Ni bien comenzó a hablar, del fondo de las filas de entropianos se oyó la voz de una anciana que lentamente se abría paso entre la muchedumbre: —¿Jacinta, eres tú amiga?

—¡María! —exclamó Jacinta.

Ambas se acercaron para estrecharse en un fuerte y profundo abrazo. Mientras ambos grupos, refugiados y residentes, las miraban sin entender demasiado, María exclamó: —¡Qué alegría me da volver a verte Jacinta! ¡Cuánto me alegra verte sana y salva! Nos enteramos de lo ocurrido en Ampiza, terrible...

Jacinta asintió tristemente... Luego de un profundo suspiro, miró a los suyos y señalando a María les dijo: —Les presento a María,

La Llamada

una gran y vieja amiga, que estuvo a mi lado durante el Gran Juicio y quien es, además, una de las mujeres fundadora de Entropía.

—¡Vengan, pasen! —dijo Humberto al ver la cercanía entre las dos mujeres, y al reconocer a Jacinta. Aquella mujer no era otra que la Dra. Jacinta Juárez de la que tanto había oído hablar y que apenas reconocía de su niñez.

El líder entropiano sabía sobre la catástrofe climática por la que habían pasado los sobrevivientes de Ampiza, por lo que, ya ingresados en la ciudad, Humberto dirigió a los visitantes a un gran salón, y dirigiéndose a su pueblo les solicitó amablemente: —¡Por favor asistan a nuestros visitantes!

Rápidamente cada familia fue organizándose con los refugiados y brindándoles todo aquello de lo que disponían. La solidaridad era algo que los caracterizaba como sociedad. Por su parte, los recién llegados no podían salir de su asombro por lo que veían y sentían, no alcanzaban las palabras para agradecer tanta generosidad.

Al pasar los días, todos se fueron integrando a la comunidad, habituándose a sus nuevas tareas y a vivir bajo este nuevo paradigma que solo conocían por libros, pero que hasta ahora jamás habían vivenciado. Jacinta y María pasaban largas horas conversando, sus caminos se habían separado luego del Juicio y desde allí solo habían tenido ocasionales contactos virtuales. En una de esas charlas por fin surgió el tema:

—Sabés, María, desde que Andrea, nuestra compañera antropóloga, nos habló y mostró los pasadizos jesuitas no he podido sacarme de la cabeza que, si hubiese tenido ese dato aquel día, tal vez podría haber ganado el juicio y así Entropía no sería una isla en

medio de un paisaje desertificado, sino que sería la realidad de nuestro planeta —comentó Jacinta, con una mezcla de nostalgia y amargura.

—Lo mismo me pasó a mí, querida Jacinta. Fue mi obsesión por varios años.

—¿Tu obsesión? Pero nunca dijiste nada.

—¿Recordás cuando te comenté la posibilidad de reabrir el caso? Bueno, lo hice sabiendo esta posibilidad. Nunca me saqué de la cabeza que Borneau fue el responsable del bloqueo que nos impidió llegar a Entropía, de modo que si reabriamos el caso hubiésemos llegado aquí para presentar así las pruebas definitivas. Cuando me respondiste con ese “no” definitivo y tajante, desistí. Sin vos no podía hacerlo. Hasta se me ocurrió hablar con Julián...

—¿Quién es Julián?

—Un ingeniero electricista electrónico e informático experto en telecomunicaciones. Él diseñó todo nuestro sistema, es un genio.

—Querida amiga, no entiendo cómo un ingeniero nos podría haber ayudado. ¡Explicame más, por favor!

—Fue a partir de una loca idea mía. Tenía conocimiento por un amigo en común, Rodolfo, ¿lo recordás?

—¡Sí, claro!

—Bueno, yo sabía, por Rodolfo, que Julián estaba trabajando con un subsidio del estado en un proyecto que le fue confiscado, por su carácter revolucionario y las posibilidades de cambiar realidades. Además, junto con su proyecto se fue casi toda su vida: trabajo, casa, relaciones... De alguna manera, quedó al margen de todo y de todos —comentó María con tristeza—. Fue allí que lo buscamos, le dimos refugio y contención aquí en Entropía.

La Llamada

—No imagino qué pudo haber sido tan radical para tener esas consecuencias —dijo Jacinta extrañada.

—¡Ay, mi querida amiga! Sabés que el mundo llegó a estas instancias por las ambiciones de unos pocos en detrimento de muchos. Y esto que te digo, lejos de ser un cliché, nos llevó al colapso... Amiga, vení, acompañame a la cocina así arreglamos este mate y te sigo contando.

Las amigas renovaron la yerba y agua para continuar con esa charla. Entre tanto, la vida de Pedro y sus amigos empezaba a transformarse, habían ingresado al colegio del lugar y la integración con sus compañeros empezaba a mejorar día a día. En sus tiempos libres, además de colaborar con tareas comunitarias y jugar videojuegos con sus amigos, pasaba largas horas en el laboratorio de Julián, quien trabajaba en las telecomunicaciones, tema que le apasionaba desde siempre y en el que por fin “podía meter mano”.

—Pedro, pasame los componentes, por favor.

—Sí, Julián. Aquí están... ¿Me dirá alguna vez de qué se trata todo esto? —preguntó Pedro con mucha curiosidad.

—Sí, claro. Solo te pido paciencia. Nunca digo nada de mis inventos hasta que los tengo medianamente a punto. Igual, te puedo adelantar, como para calmar tu ansiedad, que este es un gran proyecto en el que vengo trabajando desde hace décadas, un proyecto que me permitirá pagar una vieja deuda y, quizás, por lo que me dijeron, cambiaría el mundo tal como vos lo conociste.

—¿Será? —pensó Pedro mientras observaba a su maestro soldar componentes y unir diferentes piezas.

Julián sonrió levemente y le espetó a Pedro: —por tu cara

veo que dudas. Mirá, voy a trabajar el doble esta semana y si todo resulta bien, la próxima podremos hacer nuestras primeras pruebas. Será nuestro secreto.

—¡Eso sería genial! —exclamó Pedro, aceptando el acuerdo con una mezcla de intriga y ansiedad. Solo una semana y por fin sabría de qué se trataba ese raro aparatejo que construía Julián con tanto esmero y dedicación.

—Entonces concentrémonos, tenemos trabajo que terminar —dijo Julián, volviendo su mirada atenta al instrumento y siguiendo con sus soldaduras.

La vida de Entropía era el modo de vida que la humanidad en este planeta azul necesitaba para proseguir como tal. El armonioso buen vivir se basaba en una premisa que no tenía discusión: la salvación de la especie humana dependía de todos y, por lo tanto, todos eran responsables de llevar a la práctica ese cambio paradigmático.

Sin embargo, para poder lograrlo, era necesario corregir algunos acontecimientos del pasado, pues sin eso era imposible que Entropía no fuese más que esa isla en medio del desierto. Pero, ¿cómo cambiar el hilo de la historia? ¿Cómo hacer contactos en el tiempo y cambiar los hechos que sucedieron como el principio del fin?

Julián lo sabía, y en ese proyecto invirtió todo su tiempo y energía. Pedro, al enterarse de qué se trataba, lo secundó y empezó allí un sinfín de experiencia de comunicación fuera de tiempo y espacio que logró el objetivo. La voz de Pedro encontró el oído de Jacinta casi 32 años antes y fue así como logramos comunicarnos con vos, Abu.

Jacinta siguió con atención la historia, por momentos con angustia, por momentos con esperanza. Ya habían transcurrido varios

La Llamada

días entre mates y la escucha permanente de lo que parecía un cuento de ciencia ficción, un experimento de ribetes de quimera, donde ella era parte protagonista y decisiva en este plan de cambiar la historia; donde de su suerte dependía, en forma piramidal, la suerte del resto de lo que se conocía como humanidad.

7. Cambio de planes: el futuro será nuestro futuro

*“Luchar, vencer, caerse,
levantarse, luchar, vencer, caerse,
levantarse, hasta que se acabe la
vida ese es nuestro destino”*

Álvaro García Linera

Unas cuantas horas habían pasado desde el último contacto con Pedro. Jacinta se encontraba preparando sus cosas para volver a tribunales, pues el cuarto intermedio previsto por la jueza expiraba. Se acercaba el momento de regresar a la batalla. Mientras la pava humeante anticipaba los mates de sus primeras horas de la mañana, la ciudad comenzaba a levantarse. Los sonidos de las alarmas despertando a sus vecinos, una que otra bocina de algún taxista apresurado y la típica frenada del colectivo frente a su departamento sonorizaban el entorno, que se mezclaba con la ansiedad que generaba la espera de un nuevo contacto antes de salir de su departamento.

Tomaba su mate. Mientras revisaba el teléfono, acomodaba el resto de sus papeles, cartera y portafolio, asegurándose de tener listo todo lo necesario. De pronto, el sonido del portero eléctrico que no esperaba la exaltó.

—¡Ay, por Dios! —exclamó—. Carajo ¿Quién demonios podrá ser a esta hora y en estos momentos? Seguramente alguien medio dormido apretó el botón equivocado —pensó y, desestimando

La Llamada

el timbre, volvió a concentrarse en lo que para ella era lo importante: un nuevo contacto con el futuro.

Pasaron unos segundos, dio unos sorbos más del mate y su teléfono sonó finalmente. No era una llamada, sino un mensaje de voz. La notificación en la pantalla principal de su celular le mostró que el mensaje era de María, su amiga entropiana. Tomando el celular y abriendo la mensajería, dio lugar al audio: —Jacinta, ábrime. Soy yo, María, he venido desde Entropía.

Jacinta, sin responder, se dirigió al portero eléctrico y, apretando el botón, dio a María ingreso al edificio, dejando entreabierta la puerta de su apartamento. Mientras se movía atendiendo la llegada de María, intentaba anticipar los motivos de la visita. El sonido abrupto del teléfono captó su atención. Sí, esta vez sí era la esperada llamada.

—¡Hola, Abu!

—¡Hola, Pedrito! Antes que nada...

—Espera, Abu, es importante primero preguntarte algo. ¿Llegó María?

—Sí, de eso...

Jacinta pudo oír que el ascensor se detuvo en el piso. Se abrió la puerta y unos pasos se acercaron al ingreso del departamento.

—¿Jacinta? —María la llamó desde la puerta entreabierta.

—Sí, María, ¡pasa! —dijo Jacinta mientras intentaba seguir el hilo de la incipiente conversación con Pedro.

—Abu, quedate tranquila, María lo sabe todo, le pedimos que fuera a Ampiza para acompañarte y para actuar de testigo en el caso de que Borneau se oponga a nuestro plan.

Aliviada, Jacinta se aproximó a María, estrechándola en un

abrazo. Inmediatamente ambas se sentaron alrededor de la mesa y, mate de por medio, escucharon juntas la llamada en altavoz.

—Te escuchamos, continuemos.

—Abu, hoy en la audiencia apenas llegues... —continuó Pedro junto a las mujeres y a Julián, ajustando el plan del reinicio del juicio y el principio de los cambios en el tiempo, que harían un futuro sostenible para la humanidad.

La previsibilidad de Jacinta de tener todo en orden y estar alistada para salir de casa en el momento preciso les permitió disponer del tiempo necesario para ajustar y repasar los pasos a seguir. Las horas pasaron y el momento del reinicio de la sesión llegó. Jacinta, como siempre muy puntual, se encontraba desde hacía media hora en el recinto junto a su compañero y compañera de buffet, y su fiel amiga, María.

—Por lo visto solo estarán los asistentes del fiscal —dijo Lucas, uno de los compañeros de buffet que ese día asistirían a Jacinta en el juicio.

—No estés tan seguro —señaló Jacinta—. ¡Mirá, allí viene Borneau!

—Al parecer viene confiado que este será su gran día. Por fin se lanzará al estrellato jurídico —dijo un tanto despectivamente Anastasia, principiante abogada del buffet y discípula de Jacinta.

—¡Ya dejemos la charla y concentrémonos en el caso! —Indicó Jacinta.

—De pie, por favor —señaló el administrativo, quien una vez que ingresa la jueza, cumpliendo el protocolo, los invita a sentarse en tono formal.

La Llamada

—Se da comienzo a los alegatos del día de hoy —pronunció la jueza—. Es su turno abogada Juárez.

Jacinta se pone de pie y, dirigiéndose al centro de la sala, comienza con su alegato: —Las acusaciones sembradas sobre nuestro defendido son infundadas. Las interacciones, las causas y los efectos que hemos presentado hasta el momento demuestran la inocencia de Ambiente. De acuerdo con las evidencias expuestas en este respetable ámbito, la responsabilidad no recae sobre mi defendido, sino sobre nosotros como humanidad. Por esto es que hoy necesitamos imperiosamente un cambio actitudinal. La humanidad puede desarrollarse y progresar sin afectar su ambiente. El desarrollo sostenible posee herramientas y alternativas que pudieron ser escuchadas y puestas en práctica. Sin embargo, este no ha sido el camino que hemos tomados durante siglos de supuesto “desarrollo”. En cambio, la visión capitalista, extractivista, nos ha llevado a creer que el desarrollo debía basarse en el uso ilimitado, no planificado, de lo que hasta hace unas décadas atrás nos enseñaban como recursos naturales renovables, creando un conflicto de intereses respecto a las generaciones futuras. Quienes, constitucionalmente, tienen el derecho a un ambiente saludable. Nada más, su señoría.

—¿Es cierto lo que establece la abogada de la defensa? ¿No se tomaron caminos alternativos para el desarrollo? —consultó la jueza a la Fiscalía.

—Eh, bueno, todo es relativo —expresó el fiscal, intentando evadir la respuesta y cambiando rápidamente el rumbo de la exposición—. Si me lo permite, su señoría, demostraré por qué la responsabilidad por no adaptarse a nuestras necesidades

fue exclusivamente de Ambiente. Tomemos, dentro de la multidimensionalidad que involucra el concepto de bienestar humano, la seguridad alimentaria. Permítanme situarlos históricamente en las posguerras mundiales. En esos momentos, la humanidad tuvo la difícil y urgente tarea de reconstituírnos como sociedad. Las hambrunas azotaban las naciones y miles de personas morían por falta de acceso a la alimentación. Así surge, en este contexto histórico, la Revolución Verde. Una innovadora y necesaria política que vendría a solucionar estas problemáticas globales. El desarrollo tecnológico, la elección de especies a cultivar, su mejoramiento y distribución, impulsaron la apuesta de muchos investigadores e investigadoras en todo el mundo, acompañados de una gran inversión de capitales. Sin embargo, cuando esta altísima tecnología quiso aplicarse en gran parte del mundo, Ambiente se resistió.

—Pero, ¿qué dice usted?—preguntó Ambiente, algo ofuscado.

—¡Objeción! —dijo Jacinta. Lo que está declarando el Sr. Fiscal carece de fundamentos y atenta contra la integridad de mi cliente.

—¡Silencio al acusado! Objeción denegada —indicó la jueza—. Abogada Juárez, guarde la calma, ya habrá momento para su descargo. Pro siga, señor fiscal...

—Gracias, su señoría —expresó Borneau con tono y postura de haber ganado un poco de terreno, y continuó—. Decía que, en esa resistencia de Ambiente, debimos avocarnos a resolver la difícil situación, disponiendo de más tecnologías, capitales e inversiones. Esto es, otro gran esfuerzo para generar biocidas y agroquímicos, por solo nombrar algunos. Todo por la falta de cooperación de este sujeto,

actitud que solo puede ser definida como **egoísmo absoluto sobre el que se basa su intento de exterminio**. Nada más, su señoría.

—Ahora sí, doctora Juárez, puede realizar su descargo —dijo la jueza.

—¡Gracias, señora jueza! Lo que está declarando el señor fiscal corresponde a un modelo de producción que, si bien en sus comienzos se desarrolló con un objetivo claro y noble, no obtuvo los resultados que se esperaban —Fijando la mirada en el estrado y luego en el resto de los presentes, prosiguió—. No solo no logró resolver las hambrunas, sino que generó grandes pérdidas de diversidad genética, redujo notablemente las fuentes de alimentación a unos pocos cultivos y conllevó a una mayor concentración de las riquezas en manos de unos pocos, sentenciando áreas que, tradicionalmente, vivían en equilibrio dinámico con Ambiente, aportando diversidad de productos al mercado y haciendo uso del entorno para satisfacer sus necesidades de alimentación, salud, entre otras, a la marginalidad. Sin contar los numerosos desequilibrios, tanto ecológicos como económicos, que generó la exponencialmente creciente incorporación de agroquímicos al Ambiente.

En contrapartida —prolongó Jacinta—, el modelo agroecológico basa su desarrollo en el conocimiento de aquellas interacciones ecológicas propias de cada área productiva, asegurando el abastecimiento de alimentos primarios a las poblaciones. ¡Y esto, su señoría y presentes, no es ficción, ni vanas teorías! Disponemos de evidencias fehacientes de que este modo de vida es posible. Disponemos de experiencias exitosas muy cerca de aquí, en la ciudad llamada Entropía —aseguró firmemente—. Esta ciudad que se

encuentra situada...

—Objeción, su Señoría —la interrumpió Borneau—. Este modelo de producción, algo romántico, por cierto, no genera las cantidades necesarias de alimento.

La jueza empezó a dar golpes con su martillo, entre medio de las discusiones que empezaban a acalorarse.

—Su Señoría —replicó Jacinta—, eso es una absoluta falacia impuesta por los grandes capitales para no perder sus riquezas.

—¡Pero qué barbaridad dice usted, señora! —dijo Borneau despectivamente.

El golpe furibundo de la jueza fue en aumento.

—¡Ya es suficiente! ¡Ambos guarden la postura, les recuerdo que están en un recinto del tribunal superior! Prosigan, abogada Juárez.

—Gracias, su señoría. Entropía es una ciudad cuyos habitantes adoptaron un modelo de vida sostenible.

—Objeción, su señoría, la descripción de cómo deciden vivir los habitantes de una pequeña ciudad, algo insignificante en relación a la escala global de interés, es irrelevante en este juicio —dijo el fiscal en tono desacreditador.

La jueza iba a intervenir, pero la actitud de la abogada defensora, en una postura de absoluto convencimiento y firmeza, la dejó atónita y no hizo más que escuchar cómo Jacinta le respondía la objeción de Borneau.

—El modo de vida es base paradigmática de nuestra relación con mi defendido. ¿Acaso es irrelevante culparlo de no poder sobrellevar las cargas que como sociedad le otorgamos? ¿O carece también de relevancia responsabilizar a otro de nuestras propias

decisiones? Discúlpeme, señor Fiscal, pero la sostenibilidad no puede ser reducida a su dimensión ambiental o ecológica. Debe considerarse holísticamente. La sostenibilidad debe saberse, pensarse y actuarse en sus cuatro dimensiones: la ambiental, la social, la política y la ecológica. Y esto es el resultado del modo de vida que decidimos adoptar —dijo Jacinta con vehemencia.

Luego de escuchar atentamente los argumentos de la defensa, la jueza sentenció: —Objeción denegada, Señor Fiscal. Por favor, abogada continúe.

—¡Gracias, su señoría! Esta ciudad en 2020, durante el ASPO determinado por el gobierno ante la Pandemia COVID 19, fue la responsable de abastecer de alimentos y otros productos secundarios a las metrópolis vecinas. Es una ciudad modelo, en donde las relaciones socioambientales son óptimas para el desarrollo y el cuidado de nuestro planeta. Allí el ajuste con el medioambiente es perfecto. Por lo que solicitamos una verificación *in situ* de Entropía, para que así este juzgado pueda visualizar que mi defendido no es el responsable de la crisis socioambiental que le atribuyen, sino todo lo contrario, él es víctima de las malas prácticas y del vivir poco sostenible que ha elegido gran parte de la humanidad. Sentimos que sería de gran ayuda para que Ud. pudiera tomar una decisión basada en un juicio sabio y fáctico.

—No deberíamos oponernos —dijo Borneau a sus asistentes.

—¿Alguna objeción por parte de la fiscalía? —consultó la jueza.

—Ninguna su señoría —afirmó Borneau.

—Bien. Si estamos todos de acuerdo, haremos mañana mismo

la verificación *in situ*. Hasta entonces se levanta la sesión.

Los martillazos y el murmullo en la sala denotaban el momento dentro del recinto.

María, Jacinta y quienes la acompañaban desde el buffet se retiraron satisfechos de lo logrado.

—Solo queda ultimar los detalles para mañana —dijo Oscar, asistente y chofer del buffet al que pertenecía Jacinta—. Yo me encargaré de todo, ustedes despreocúpense.

—Sí, ya han hecho un muy buen trabajo en el recinto —señaló María—. Ustedes descansen, nosotros con Oscar nos encargaremos de todo. ¡Mañana será un gran día! —sentenció María, abrazándoles con entusiasmo y esperanza.

Al día siguiente todos emprendieron el viaje a Entropía. Se había decidido que cada grupo saldría en sus vehículos y que se reunirían al ingreso de Entropía, donde, entre otros, estarían María y Juan para recibirlos.

El viaje había transcurrido con total normalidad. Borneau y compañía sabían que un derrumbe impediría su paso, por lo que tomaron esa situación como un paseo para salir de la rutina. Kilómetros antes de llegar a Entropía, se encontraron con la ruta efectivamente cortada. Era imposible continuar por allí. Los vehículos se estacionaron en las inmediaciones y sus ocupantes bajaron para ver qué acción tomarían.

—Hasta aquí llegamos —dijo irónicamente Borneau a sus acompañantes mientras abandonaba el auto y se acercaba a los demás.

Jacinta y sus acompañantes aparcaron al costado del derrumbe. Ella bajó tranquilamente, mientras todos esperaban alguna solución a un viaje que resultaba infructuoso para la mayoría.

La Llamada

Borneau se movía con la soltura y tranquilidad de tener el conocimiento previo del impedimento con el que se toparían. De este modo, no se percató de que Jacinta se había adelantado para dialogar con la jueza. Situados todos en el lugar del hecho, Borneau aprovechó para tomar la palabra y, en tono casi burlisto, aunque simulando neutralidad y sorpresa, manifestó —¡Muy lindo el viaje, pero entiendo que lastimosamente aquí se termina todo!

—Tenemos una vía alternativa, señor fiscal —comentó la jueza—. La abogada Juárez me acaba de indicar el nuevo camino que tomaremos, así que ella irá por delante señalándonos el recorrido.

—Pero... —dijo Borneau, vacilante y confundido.

Antes de que pudiera reaccionar ante esta instancia que no esperaba, Jacinta aprovechó para desencajarlo aún más.

—Es una evidencia de suma utilidad para un juicio justo, señor fiscal, ¿no lo cree así? —expresó Jacinta victoriosa—. Espero haya venido preparado para caminar y descubrir más aspectos sorprendentes de Entropía —culminó Jacinta, dando media vuelta y subiendo al auto. Finalizada su conversación con Borneau, prosiguió con su deber.

Luego de un recorrido, llegaron a las puertas de los pasadizos jesuitas. De allí continuaron caminando, eran solo unas pocas cuadras que ameritaban su recorrido, dada la belleza de ese magnífico relicto arqueológico. Al salir del pasadizo, no solo se quedaron encandilados por el cambio de luz, sino también al ver y “vivir” Entropía. Lo que se sentía y respiraba allí era impensado y jamás experimentado.

La verificación *in situ* duró varias horas, no podía faltar ningún aspecto que pudiera servirles de evidencia. Todos estaban muy a gusto, a excepción de Borneau, claramente. Al terminar el recorrido y el

análisis pormenorizado de Entropía, la jueza indicó: —Retomaremos la sesión el día de mañana a las 11:00 horas. Les informo que el juicio preveo terminarlo con la lectura de la sentencia a las 11:30 horas de esa misma mañana.

Ante la cara de asombro de la fiscalía y de la defensa, la jueza culminó diciendo: —Será breve y contundente —e inclinando la cabeza en señal de saludo, emprendió regreso.

Jacinta, María y quienes habían trabajado para la defensa de Ambiente, tanto en el presente como en el futuro, estaban felices, muy satisfechos y esperanzados de que Entropía hubiese inclinado la balanza a favor del acusado y también de la humanidad. No quedaba más que esperar la sentencia.

Esa noche ninguna de las Jacintas pudo dormir. Ambas, cada una en su tiempo, deambularon de un lado a otro toda la noche. Una solo frase daba vueltas y vueltas en sus cabezas, mezclándose con el tic tac del reloj de pared... Lograron llegar a Entropía, pero ¿habría sido suficiente?

8. El principio del final

*“Lo que la oruga llama el fin,
el resto del mundo le llama
mariposa”*

Lao Tzu

Las horas de esa silenciosa y oscura noche de Jacinta pasaban entre ensueños y despertares. Solo se escuchaba el viejo reloj de pared y su respiración. Los pensamientos de incertidumbre se entrelazaban con los esperanzadores, como el juego de ángeles y demonios susurrándole en sus oídos. El cansancio acumulado de tanta tensión y trabajo de los últimos meses en que había transcurrido el juicio le cerraban los ojos, mientras la ansiedad y el profundo deseo de cambiar el destino de sus seres queridos y de toda la humanidad se oponían al sueño profundo. En este transitar noctámbulo llegó, una vez más, el despertar de la ciudad y sus sonidos de rutina: alarmas, bocinas, frenadas, lo mismo de siempre y a la vez único.

Desde temprano se escuchaban las noticias que oficiaban de antesala de ese día. Como era habitual, Jacinta encendió la radio. Los primeros títulos de casi todas las agencias noticiosas anunciaban y ponían de relieve el final del gran juicio.

El vip del receptor indicó las 8 de la mañana y el comienzo de “Mañana con noticias y algo más”, el programa que siempre la acompañaba con su música usual de presentación que, en contrapunto

con el sonido de la ducha, cerraba todas las tradicionales escenas matutinas de Jacinta.

—Muy buen comienzo de día para toda nuestra querida y fiel audiencia. Soy Bernardina Ríos y, en nombre de todo el equipo, te doy la bienvenida y te invito a ser parte de este gran programa que hemos llamado “Mañanas con noticias y algo más”, por FM 70.3. ¡Buenos días a todo el equipo!

—¡Buenos días, Bernardina!

—¡Qué día hoy! Arrancamos leyendo las tapas de los principales medios gráficos para que te enteres de todo lo que pasa en el país y en el mundo.

—¡Así es! —dijo Esteban, el co-conductor del programa—. Si te parece, Bernardina, vamos leyendo algunos.

—Por supuesto, Esteban.

—Comienzo con el diario *Doce Páginas*, que informa en su tapa: “El juicio contra Ambiente está en su etapa final. La visita en el día de ayer a Entropía habría sido decisiva”. Por su parte, el *Rincla* coloca en su tapa: “Juicio a Medioambiente se define hoy. La esperanza del fiscal sigue intacta y espera la definición en esta jornada”.

Mientras seguían leyendo títulos de diarios digitales y empresas periodísticas de la web, Jacinta ya había salido del baño y se disponía a vestirse cuando el sonido de la llamada en su celular dejó en segundo plano las noticias del juicio.

—¡Hola, Abu! —dijo Pedro en un tono pausado.

—¡Pedro! ¿Cómo estas querido?

—¡Muy bien, Abu! Abu, quiero que me escuches atentamente.

Este será nuestro último contacto.

La Llamada

Jacinta sintió un golpeteo de nostalgia en el corazón y la sorpresa que la chocaba sin defensa.

—¡Así debe ser! —continuó diciendo Pedro—. Cada vez que nos reunimos, origen y destino se entrelazan alterándose. No sabemos qué otras líneas pueden modificarse a partir de estos contactos, por lo que debemos procurar no interferir más en el futuro. Si estamos en lo cierto, con lo hecho ya habremos logrado un mundo mejor para todos.

Jacinta, abrumada por el día que le esperaba y la melancolía que le generaba la ausencia anticipada de su nieto del alma, pero con el entusiasmo y actitud que ponía frente a la vida, contestó: —¡Todo es perfecto! Si estamos en el baile...

—¡Bailemos! —contestaron todos al unísono, a sabiendas de que era el refrán que siempre usaba Jacinta cuando llegaban momentos difíciles que había que atravesarlos con confianza, paz y mucha fe.

—¡Pedro, hijo mío! —prosiguió Jacinta en tono maternal—. Quiero que sepas que me he sentido muy acompañada todo este tiempo. Agradezco enormemente tu valor y decisión de estar a mi lado, conjuntamente con los otros amigos de Entropía. En el fondo de mi corazón siento que partir de hoy las cosas cambiarán para mejor y estoy tan esperanzada de que esta vez sí lo lograremos.

Hubo un pequeño silencio en la línea... Pedro compungido, aunque firmemente convencido de que lo hecho les permitiría un futuro de disfrute compartido, reabrió el diálogo: —Sí Abu, así será... Si nuestro cálculo es correcto, el juicio terminará a las 11:30 y, según la física cuántica, a esa hora terminará de modificarse esta línea de tiempo. Si esto es así, nuestra realidad será otra... habremos cambiado el destino de la humanidad —concluyó Pedro emocionado.

—¡Así será hijo! Te amo con mi alma.

—Igual, Abu querida...

El teléfono se cortó. Todo quedó en un absoluto silencio para Jacinta. La sonora ciudad pareció entrar en un túnel, en una especie de frasco que encerraba los sonidos y los hacía parecer distantes. Solo, allá lejos, se escuchaba su bochinchero pasar. Ese silencio que enajenó a Jacinta enmarcaba las emociones de lo que representaba ese corte telefónico: el final de un plan y el comienzo de otro, la ausencia de seres queridos y la esperanza de un futuro mejor...

Un fuerte trueno la sacó de su estado. En la radio se anunciaba un día tormentoso con fuertes precipitaciones y la clásica recomendación de salir al menos con paraguas.

Jacinta apresuró sus preparativos, buscó en su placar su sobretodo de la suerte, moviendo apresuradamente las perchas. Era un abrigo largo, de color negro con detalles en blanco, que enaltecía tanto su figura, como su larga melena de rulos castaños.

Ese sobretodo era un regalo de su mejor amigo, alguien que la había acompañado a la distancia durante toda su carrera, que siempre había confiado mucho en ella y que, en una suerte de presagio, había inscripto en la tarjeta que acompañaba el regalo: *Para esa persona que es tan especial que en su paso por esta vida cambiará el mundo... Para vos, Jacinta, con todo mi amor.* Sin lugar a dudas, ese era el momento para usarlo. Pronto se colocó sus pulseras y anillos, y se alzó sobre sus tacos, dirigiéndose hacia al ascensor. Era hora de partir hacia tribunales.

La lluvia caía torrencialmente, la gente corría con sus paraguas, la ciudad apareció más bulliciosa que de costumbre, aunque con la

La Llamada

forma de esos típicos días de lluvia: autos agolpados, taxis y remises que iban y venían sin descanso, uno que otro niño que aprovechaba cada charco que encontraba para chapotear.

El Palacio de Tribunales solo quedaba a un par de cuadras. Sin embargo, el buffet había dispuesto que la transportarían en un vehículo oficial, muy a regañadientes de Jacinta, que amaba sus pequeñas caminatas por la ciudad.

Parada en el hall de entrada del edificio, esperaba el coche. El toque de bocina típico de Oscar le anunciaba su llegada, aunque el vehículo no era el de siempre. Apresuradamente salió del edificio y subió rápidamente al coche para no mojarse.

—¡Buenos días! —dijo Jacinta al subir.

—¡Buenos días! —respondieron sus compañeros.

—Hoy es el gran día, abogada Jacinta —dijo Oscar con cierto júbilo, mirándola por el espejo retrovisor.

—Así es, estimado Oscar. Buscaremos que este día no sea un día más —contestó Jacinta con mucha confianza.

A pesar del atascamiento de la ciudad, la marcha del coche no tardó demasiado en llegar a las inmediaciones de tribunales. Tal fue así, que pareció que una distracción de Oscar lo había hecho pasar el ingreso.

—¡Oscar, ¿a dónde vamos?! ¡Te pasaste el portón de ingreso! —reclamó Jacinta sorprendida.

—No abogada, quédese tranquila que vamos bien. Tengo autorización e instrucciones de la secretaria del juzgado, quien dispuso de este auto oficial para ustedes y de un lugar en el estacionamiento del subsuelo. La directiva es ingresar por la entrada sur del Palacio

de Justicia, evitando la prensa y los intrusos, de modo de no caer en contratiempos ni demoras —explicó Oscar.

—¡Perfecto! —acordó asintiendo con un movimiento de su cabeza.

El portón corredizo del subsuelo abrió paso al equipo de la defensa. Allí también se encontraba la fiscalía y todo su ostentoso aparato jurídico. Caminaron hacia los ascensores y cada uno de los grupos se dirigió al recinto por separado.

Más arriba, en el tercer piso, la sala estaba colmada por personas del juzgado, prensa, equipos de la fiscalía y de la defensa. Todos esperaban el inicio con la entrada de la jueza. Afuera el viento impulsaba con fuerza las gotas de agua que martilleaban furiosamente los ventanales del tercer piso del recinto judicial. El cielo gris oscuro de la ciudad parecía anunciar la invariabilidad de ese tiempo. Los truenos y las luces de los rayos espectaculares oficiaban de teloneros de lo que sería el acto principal, distrayendo la mirada del público, que se hallaba agolpada en esa sala repleta.

La puerta principal se abrió. Los oficiales escoltaban a Ambiente hacia el interior del recinto. Una vez más, la paz y calma que lo caracterizaba, al saberse inocente y sin encono alguno, se propagaba en todas las direcciones. A medida que avanzaba, todo se sosegaba, se aquietaba, escuchándose solo los sonidos del silencio.

Afuera las gotas cesaron y el viento tempestuoso se convirtió en una brisa suave, como esos días dechados de primavera. Toda la oscuridad negra y plomiza de un cielo totalmente encrespado había desaparecido, dando paso a la claridad.

En ese instante se escuchó una voz en la sala.

La Llamada

—¡Todos de pie, por favor! —ordenó el administrativo.

La jueza ingresó. Todos siguieron su recorrido con la mirada, hasta que tomó su lugar corriendo la pesada silla de su estrado.

—Tomen asiento, por favor —indicó el funcionario de tribunales.

—Silencio, por favor, voy a dar lectura al veredicto final —dijo la jueza.

—Que el acusado se ponga de pie para escuchar la sentencia —solicitó el administrativo.

Mucha gente había estado esperando ese punto culminante del juicio. Algunos desde sus casas, oficinas o lugares de trabajo seguían la transmisión por los medios de comunicación. Otros abarrotados en el recinto de tribunales presenciaban las distintas instancias de desarrollo de ese final. Los medios, pantallas de celulares alistadas para capturarlo todo y ser primicia, la radio, televisión y medios digitales de todo el mundo en un formato de gran cadena internacional centrada en este único asunto.

En ese momento, pero de 2062, otro grupo esperaba impaciente los cambios. En la casa de Jacinta, que oficiaba como una especie de bunker, Pedro, María, Julián y Jacinta esperaban muy atentos las incidencias de su intervención en la línea de tiempo. Luego del último contacto con Jacinta solo quedaba dar tiempo al tiempo.

Cada uno buscaba la forma de pasar el tiempo. Julián no paraba de caminar. Con las manos en los bolsillos del pantalón recorría un sector de la casa, yendo y viniendo. Jacinta abría y cerraba las cortinas a la espera de algún avatar, alguna señal. Por su parte, María, sentada en un cojín y en una pose acorde, intentaba meditar y así conservar la

calma. Pedro, como un autómatas, impulsaba con sus dedos la pantalla de su aparato móvil abriendo y cerrando los hologramas que de él salían mirándolos sin ver, mientras una de sus piernas se movía como un amortiguador subiendo y bajando a gran velocidad. Nadie hablaba, solo se cruzaban miradas.

Once campanadas largas y una corta marcaron la hora señalada... Cada uno dejó su rutina en impasse y dirigieron sus miradas al viejo reloj de pared.

Un sonido estruendoso, monumental, que provenía de afuera, y el corte repentino de todos los servicios, los estremeció.

Entropía parecía detenida, sin espacio ni tiempo, como suspendida gravitacionalmente en un infinito, sin fronteras ni edades. Todos miraban y se miraban azorados, desconcertados. Una vez más el sonido del teléfono los sacó de ese trance.

Pedro, quizás por ser el más joven, reaccionó más rápidamente que el resto. Se dirigió al aparato de la intertemporalidad, ese con el que se habían comunicado con Jacinta del pasado. Los latidos de su corazón cabalgaban dentro de su pecho. Apoyó su mano temblorosa sobre el aparatejo y presionó el botón de acceso a la llamada, mientras llevaba el auricular a su oído. Allí, del otro lado de la línea, la voz de una niña pequeña preguntaba de manera suave y cercana: —¿Pedrito?

—Sí, soy yo —respondió, intrigado por la familiaridad de la situación y temeroso por las razones que podría tener esta llamada.

—Pedrito, soy Sara, te hablo desde 2085...

—¿Sara? —dijo tragando fuertemente y encendiendo el altavoz para que escuchasen sus compañeros que lo miraban curiosos por saber qué estaba sucediendo.

La Llamada

—¡Sí, papá! Así es como me llamaron vos y mamá —explicó Sarita, un tanto nerviosa por lo que estaba viviendo, y continuó—. Como sabrás, las comunicaciones en el tiempo no pueden hacerlas entre las mismas personas del pasado y futuro, por eso me comunico yo para transmitirles un mensaje tuyo, que sos mi padre desde 2075.

Luego de esta explicación, Sara notó que del otro lado de la comunicación, en la Entropía de 2062, solo se escuchaban respiraciones profundas y algunos sollozos. Aún nerviosa pero decidida a cumplir con el pedido de su querido papá, Sara tomó aire y sin perder más tiempo, siguió—. Les leeré el mensaje de papá, para no olvidarme de nada —y con la dulzura que la distinguía, comenzó la lectura.

¡Queridos míos! han pasado ya unas décadas desde que vivimos esa fantástica aventura, lamento no haberme comunicado antes, pues quisimos esperar a que Sarita creciera lo suficiente para comprender y ayudarme a realizar esta llamada secreta. No daré vueltas en lo que quiero decirles porque recuerdo perfectamente cómo fueron estos instantes en 2062. Lo primero que quiero transmitirles es calma, los cálculos no fueron tan precisos, solo un poco más de paciencia a la larga espera. Hoy sabemos que los cambios en el tiempo y espacio no son tan lineales ni exactos, cada año hay una pequeña alteración que con el tiempo se acumula y por eso aún no han percibido los cambios. ¡Todo salió como lo pensamos! Entropía pronto dejará de ser una isla para ser un todo.

Los lloriqueos de alivio y felicidad del pasado y el sonido del papel en las manos de Sara en el futuro enmarcaban la lectura.

Lo segundo es un favor. Te pido a vos, Pedrito, a vos, María, y a vos, Julián, que ayuden a la Abu Jacinta a dejar por escrito ese

pedacito de su gran historia de vida que nos salvó a todos. Abu, escribe por favor cada instante, cada sesión, cada detalle del juicio... Será un gran legado para la humanidad. ¡Los amo!

Pedro

Mientras Sara dejaba la hoja de papel sobre la mesa, Jacinta, aún lloriqueando, se acercó al micrófono del aparatejo, respondiéndoles:

—Por supuesto, mí querido, así lo haremos. ¡Es una promesa!
—afirmó Jacinta estirando su dedo meñique para enlazarlo a través del tiempo con su querido nieto, en señal de compromiso.

Del otro lado del tiempo, Pedro, en silencio y emocionado hasta las lágrimas, repetía la acción de su abuela, sellando el acuerdo.

—Ya debemos dejarlos... —Interrumpió Sarita— ¡Pronto nos volveremos a ver! Disfruten de la gran victoria.

La llamada se cortó. Y, casi en ese mismo instante, como un cálculo perfecto, un gran vórtice que parecía succionarlo todo se abrió en el cielo. El tiempo parecía moverse hacia atrás como una película en un viejo casete VHS rebobinándose, mientras el torbellino se hacía cada vez más pequeño hasta explotar en una hermosa luz incandescente que los cegó. Luego, la calma...

Quince años después del contacto con Sarita, Jacinta se preparaba para vivir un día más especial de lo habitual: ese día no solo se cumplía un aniversario de aquel día que cambió el destino de la humanidad sino que también se casaría Pedro.

El sol se alzaba en el cielo azul oscuro de aquel amanecer. La claridad comenzaba a iluminar la ciudad. Todo en prístina pureza como en los días pos lluvia de primavera. Entropía se levantaba, cada cual comenzaba sus labores. El sol brillaba en un color dorado puro.

La Llamada

Las calles se poblaban. La mayoría de la gente prefería caminar o trasladarse en las helicombis fotovoltaicas si su destino estaba más alejado.

Los bicimóviles, donde compartían tracción hasta tres personas sentadas en butacas finas y livianas, todo en una estructura de cañamo, se cruzaban con los electromóviles, autos y colectivos similares a los del pasado, que se alimentaban con energía solar. Todos circulaban suspendidos en colchones electromagnéticos ubicados en los carriles de las autopistas y calles de las ciudades.

Ese martes era un día normal y cotidiano para la mayoría, excepto para los Juárez Zaldívar, quienes vivirían un gran acontecimiento familiar: el casamiento de Pedro con Paula. Pedro estaba en su último año del secundario, treinta y ocho años después del gran juicio, pronto para irse a la universidad cuando conoció al gran amor de su vida: Paula. Ella, para ese entonces, era una dulce niña entropiana de quince años que lo había enamorado desde su ingreso al colegio. Desde ese momento vivían un amor único. Pedro regresó a Ampiza para estudiar en la Universidad Nacional, mientras Paula cursaba sus años de secundaria. A pesar de la distancia, el gran amor que se tenían los mantuvo unidos por siempre.

Por su lado, Jacinta había logrado gran notoriedad durante el tiempo en que se ocupó de la defensa de Medioambiente. Esto hizo que le propusieran ser docente emérita en la Universidad Nacional, la más reconocida de Ampiza. La enorme experiencia y calidad académica que poseía atrajo la atención de sus estudiantes. Cada vez más aprendices circulaban por la cátedra de Jacinta. Entre otros, Paula, quien se convirtió en su discípula preferida, no solo por el amor que

compartía hacia Pedro, sino también por el amor a su profesión y a la defensa de los derechos.

Próximos a la hora de la ceremonia, Jacinta le daba los últimos retoques a su maquillaje. Tantos recuerdos llenaban su alma. Se sentía plena.

Cada instante de la ceremonia era una gema más para el tesoro que sentía era su vida. La felicidad la inundaba y la alegría le brotaba por sus ojos, que se humedecían a cada instante. Parada a un costado de la puerta de ingreso a la capilla, miraba con amor absoluto a la feliz pareja que salía de la iglesia en medio de los alborotos que ocasionaban los festejos, mientras los arcos volaban por el aire.

La fiesta era todo un éxito, la atmósfera se impregnaba del amor y la alegría que emanaban Pedro y Paula. Finalmente, llegó el momento en que la pareja abandonaba la fiesta para empezar su luna de miel. Así, se fueron despidiendo uno a uno de sus invitados, dejando a Jacinta para el final.

—¡Hasta pronto, mis amores! ¡Gracias por tanto! Siento que nada más puedo pedirle a la vida —dijo Jacinta al despedirlos.

Estrechados los tres en un abrazo, Pedro le susurró: —¿Una biznieta quizás?

Jacinta, con sus ojos que estallaban de la alegría, los miró y sonrió con complicidad, mientras Paula le confirmaba su embarazo.

Jacinta supo en ese instante, con esa foto que venía frente a ellos, así como ustedes que ya conocen la historia, que este era el comienzo de aquel gran final. La vida siempre será un nuevo comenzar.

La Llamada

“Es tiempo de entender que cuando hablamos de salvar la
Tierra, nos referimos a salvarnos a nosotros mismos”

Los autores

Jacinta, una experimentada abogada, debe defender a Ambiente en un juicio al que se lo somete por su intento de exterminar a los humanos a través de la crisis ambiental. En su contra, el fiscal Borneau, buscará hacer lo que sea para ganar el juicio. Un misterioso contacto intentará ayudarle a sobrellevar esta responsabilidad.

¿Podrá Jacinta y sus aliados, modificar el destino de la humanidad?

